

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



Edición Especial 82 Aniversario (1/2)

Papel Literario **82** AÑOS

FUNDADO EN 1943
DOMINGO 10 DE AGOSTO DE 2025

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com • https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papeliterario

Experiencia del ensayo venezolano

El *Papel Literario* circuló por primera vez el 15 de agosto de 1943. A propósito de su aniversario 82 ha invitado a 85 autores a celebrar la "experiencia del ensayo venezolano". Esta semana publicamos los textos de 45 autores. Los 40 restantes, la próxima semana

Alberto Fernández R.

El ensayo es el género discursivo por antonomasia para el ejercicio de la crítica de arte. Así se constata en la revisión de la bibliografía de Ramón de la Plaza, Enrique Planchart, Mariano Picón Salas, Alfredo Boulton, Marta Traba, Roberto Guevara, Juan Calzadilla, María Elena Ramos, Juan Carlos Palenzuela, Luis Pérez Oramas, Gabriela Rangel y Cecilia Fajardo-Hill, entre otros destacados intelectuales. Se trata de un *corpus* tan orgánico como heterogéneo. Por ejemplo, la obra ensayística de Mariano Picón Salas constituye un temprano antecedente de crítica cultural; no solo por su interés en las diversas manifestaciones artísticas, sino por el oportuno diálogo que establece entre ellas y la sociedad que las engendra. Alfredo Boulton escribió los tres tomos de su monumental *Historia de la pintura en Venezuela*

(1964, 1968, 1972), hasta ahora el mayor esfuerzo por sistematizar datos primarios de aquellas imágenes que expresan a la nación, y el bello ejemplar *Soto* (1973), que se estableció como modelo de monografía en el campo del arte. La inclusión de Marta Traba en dicho listado está más que justificada: la autora argentina-colombiana estudió insistentemente a los creadores venezolanos desde los años sesenta, produciendo el sugerente volumen *Mirar en Caracas* (1974). Con Traba, el ensayo se eleva a diálogo intelectual; articuló el marco conceptual más sofisticado entre los que circulaban entonces en América Latina. Con Juan Carlos Palenzuela, el ensayo posibilita un ejercicio de reflexión autotélica alrededor de la crítica de arte, como da cuenta su libro *El mirón insistente* (1997). Luis Pérez Oramas es uno de

los grandes ensayistas venezolanos. De su pluma salen textos imprescindibles para la comprensión de la producción local del siglo XX, como "La invención de la continuidad" (1997), *La cocina de Jurassic Park y otros ensayos visuales* (1998) y "Notas sobre la escena constructiva venezolana, 1950-1973" (2011). Tales trabajos son reflejo de su solidez teórica, su aguda capacidad de análisis y el uso casi artesanal de las palabras. En Pérez Oramas confluyen las figuras del pensador y el artista; es el creador de una poética de la crítica. Finalmente, el quehacer de Gabriela Rangel es un insuño importante en la relectura de los fenómenos artísticos atendiendo las reivindicaciones de los feminismos y las disidencias sexuales. Esta última tarea resulta tan urgente como complicada, por el fuerte arraigo del pa-



LUIS ENRIQUE PÉREZ ORAMAS / ©VASCO SZINETAR

trariado entre las élites y la mayoría social del país. Rangel cuenta con la preparación intelectual y el compromiso político necesarios para deconstruirlo. En resumen, estos y otros ensayos –desperdigados en páginas de

periódicos, catálogos de exposiciones y libros– constituyen la tradición crítica que ha acompañado, explicado y estimulado las artes visuales en Venezuela desde finales del siglo XIX hasta el presente.

Alberto Hernández

Montejo ensaya el ensayo

Desde su poesía, su afinada búsqueda estética, Eugenio Montejo ensaya para reencontrarse con lo que vivió y con lo que soñó haber vivido. Desde su nombre original, Eugenio Hernández Álvarez, hasta los heterónimos que lo multiplicaron como personaje, como el escritor otro, Montejo ensayó su vida y la vida de los que creó para construir un universo donde sus personajes, su yo en los otros, obró ensayo, se reveló en la construcción en dos libros fundamentales: *La ventana oblicua* y *El taller blanco*, en los que Eugenio Montejo, ese Eugenio Hernández Álvarez solapado, mostró lo más profundo de su ánima.

¿Qué nos decía el poeta ensayista desde sus reflexiones?

Nos llevaba a pensar que más allá de su obra como creador de imágenes había otro capaz de volverse en él que poca gente conocía. Es decir, Montejo se hizo de su otro para hablar con el Hernández que fue su otro en Güügüe, que amasó la harina y se cubrió de blanco como un fantasma que luego buscó en su interior los sonidos de unas próximas incursiones en los otros que luego ensayaron desde la sapiencia, por ejemplo, del personaje *Blas Coll*, donde trabaja el ensayo de los que los que platican con este sujeto extraño en un también extraño Puerto Malo.

El ensayista Eugenio Montejo logró que los lectores de su obra poética fuesen afectados por los personajes que lo representaron, que lo impulsaron a escribir desde la transversalidad, como aquel francés de Perigord, suerte de heterónimo de un tal Miguel Eyquem que se asumió Montaigne por el lugar o el castillo donde nació.

Desde sus ensayos, Eugenio Montejo no dejó de ser su país, pero igualmente universalizó los temas que extraía con su mirada amplia, terrestre, de allí la terredad que lo condujo, en *La ventana oblicua*, a verse con Bousquet, Valéry, Novalis, Benn, Ramos Sucre, Drummond, Rimbaud, Espriu, Ungaretti, Sánchez Peláez, Cernuda, Kafka o Cassou, con quienes ensayó



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ©VASCO SZINETAR

desde Montejo, desde su heterónimo, desde su otro yo, el que se encargó de firmar como lo conocimos, como el poeta y pensador que fue. Con *El taller blanco* continúa su afán de revisar la poesía, la verbalidad del otro con la misma fuerza, con los mismos registros donde Pellicer, Blaga, Gustavo Aguirre, Mairena, Rossi, entre

otros, se reflejan en el libro anterior, en los ensayos donde afirma que "Era este un taller de verdad, como es verdad el pan nuestro de cada día", y desliza una aseveración: la de no haber pasado nunca por un taller de poesía.

En ese taller, el del padre, ensayaba con la masa del pan el joven Eugenio Hernández Álvarez.

Alejandro Sebastiani Verlezza

Escrito en el camino:

la poesía puede contener dentro de su concavidad al ensayo y asumir la vestidura de todos los géneros, muchas veces se convierte en una voz paralela;

pienso en Alfredo Silva Estrada, Ida Gramcko, Elizabeth Schön, Elisio Jiménez Sierra, Alfredo Chacón, Armando Rojas Guardia, Rafael Castillo Zapata, Octavio Armand, Eugenio Montejo, Rafael Cadenas y Guillermo Sucre;

gracias a María Fernanda Palacios, maestra del ensayo por excelencia, tuve la oportunidad de hacer en la Fundación del Valle de San Francisco un curso con Cadenas, llamado "El taller del poeta"; giraba alrededor del aforismo y los encuentros fueron un *ensayo* con muchas pruebas, tentativas, escansiones, giros, pausas elocuentes;

más tarde Palacios propició el encuentro con Sucre y algunos estudiantes para estudiar a Montaigne; el profesor mencionó la primera traducción de los *Ensayos al castellano* (1898), de Constantino Roman y Salamero; y recordó que leyó al autor por primera vez durante los 60 en la edición de La Pléyade.

recupero de una libreta las premisas que Sucre ofreció en aquellas sesiones, transcurridas en la librería Lugar Común de Altamira:

"Una de las peculiaridades de Montaigne es que todo gira alrededor de su libro". "Montaigne es mejor que Walter Benjamin y todos ellos". "Su vida de escritor gira en torno a ese libro que llamó *Ensayos*". "Mi fantasía, mis sueños, mi paso, mi *promenade*". "Montaigne no quiso generalizar". "Se rebajaba un poquito, por ironía y por modestia". "El libro de una vida". "Era un poco socrático". "Buscar siempre la independencia del espíritu, la independencia del yo". "El ensayo vive siempre del presente". "Él le da mucho sentido creador al ensayo". "Quiere expresar su mundo, su yo, pero lo quiere expresar de cierta manera, lo importante es la lucidez, la calidez". "Una de las formas de la *Paideia* contemporánea". "La actitud antidogmática de Montaigne". "Es el gusto el que más o menos debe regir nuestros actos". "Una cosa importante en un escritor: sus lecturas". "Las ideas de Montaigne son como personajes, ¿verdad?". "Hay que preguntarle a Rafael Cadenas sobre el taoísmo de Montaigne, ¿no?";

Rojas Guardia, paralelo a sus talleres de poesía y mística, siempre volvía a las claves del ensayo que generosamente dejó en su obra, donde resaltan por supuesto sus diarios y clases;

el género creado por el caballero de las montañas se presenta como un recurso sensible y civil, adecuado para manifestar toda la expresividad del yo.

Alejandro Varderi

Sabor y saber de la lengua de María Fernanda Palacios

Esta recopilación de trabajos, publicada por Monte Ávila en 1987, resuena en mi imaginario desde lo literario, pero fundamentalmente “desde los sentimientos que la literatura mueve”, tal cual asienta la autora en el prólogo. Y es que, a mi entender, el ensayo debe ser labor de reescritura, donde lo afectivo aborde su asunto enmarcado por el tiempo proustiano, a fin de recabar memorias, hechos y personajes con los cuales alimentar el corpus crítico. Algo realizado a la perfección por María Fernanda Palacios, cuya obra me ha acompañado desde siempre.

Sabor y saber de la lengua tiene además un lugar especial, pues es también la bisagra entre los dos tiempos de mi escritura ensayística. Por un lado, el que comienza en 1982 en Caracas con artículos, muchos de ellos publicados por el *Papel* y recopilados en *Anotaciones sobre el amor y el deseo*, y se cierra al trasladarme de Illinois a Nueva York en 1988, con la selección de textos incluidos posteriormente en *Anatomía de una seducción: reescrituras de lo femenino*. Y por otra, el que se abre ese mismo año en Manhattan y comprende los contenidos de libros posteriores. De hecho, mi copia autografiada fue regalo suyo, aquel agos-

to de 1988, cuando iba a iniciarse justamente el “futuro” que me deseó exitoso en la dedicatoria.

Los tres apartados reservados a la lengua, a dos figuras tutelares como Proust y Kafka, y al ensayo en Venezuela, con Guillermo Sucre como el faro puesto a alumbrar las reflexiones, ya se hizo eco en mí durante el vuelo de Pan Am, llevándome de Maqueta a JFK, en un viaje de ida con retornos cada vez menos frecuentes. Pero, parafraseando a Rilke, los libros deben tratarse como a las amistades; debe haber “un tiempo reservado para ellos”. Esto he deseado lograr mediante el ensayo: escuchar, desde tal tiempo, lo que los libros me cuentan, buscando acercarme a ellos con el instrumental teórico que, pese a sus limitaciones, debe estar ahí para enmarcar una mirada amorosa que de lo contrario quedaría incompleta. En palabras de María Fernanda Palacios: “Entiendo la crítica como la respuesta que ofrecemos a lo que nos conmueve, como una escucha al diálogo irremediable que ciertas obras han establecido con nosotros”. Un diálogo “acuarpado” en el “sabor” de esa “lengua” con la cual tan lúcidamente esta esencial escritora nos sigue iluminando.

Ana María Velázquez Anderson

El ensayo “Conciencia de fracaso”, de Rafael López-Pedraza, presenta la idea del fracaso como una nueva visión de la existencia. El fracaso es un ancla que contacta con la realidad terrena, el “cable a tierra” necesario cuando el ser humano se aferra a la necesidad imperiosa de éxito. Habiendo sido un prolífico ensayista y terapeuta, López-Pedraza hizo una profunda reflexión en diferentes ensayos. Hoy destaco este por la necesidad que observo en estos momentos de hacerle espacio en la psique, individual y colectiva, a este aspecto, el fracaso, histórica, familiar y socialmente negado y relegado a lo profundo del inconsciente.

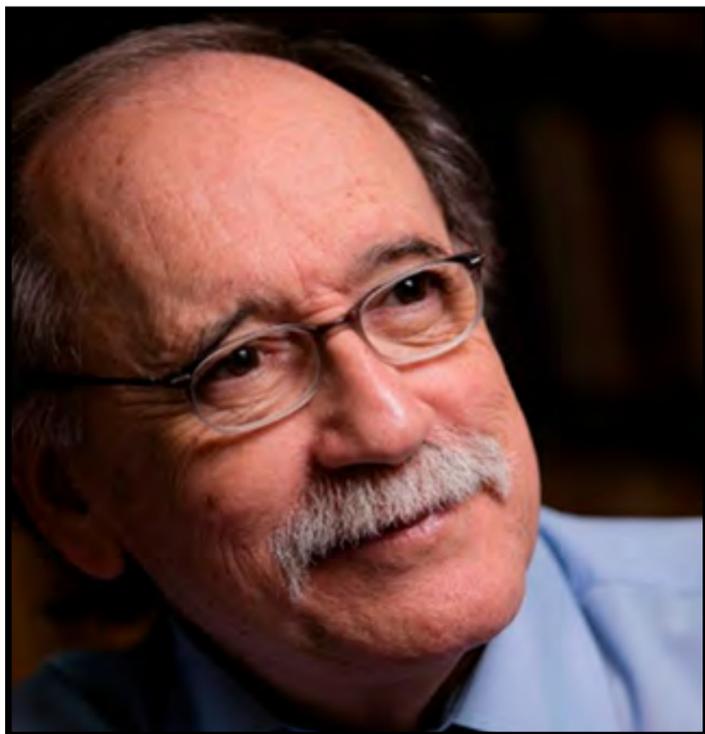
Llegué a este autor en el 2000, cuando fue publicado en el libro *Ansiedad Cultural*, por la editorial Festina Lente. Desconozco si ha habido alguna edición posterior, pero quien lo consiga hoy en día debe abocarse a su lectura porque es una enseñanza de vida.

En su oficio como terapeuta, explica el autor, comprendió que cada vez que un paciente llegaba a consulta era porque algo había salido mal “los moldes en que vivían ya no funcionan, fracasaron, se vinieron aba-

jo; es decir, en psicoterapia la persona que se encuentra frente a uno está viviendo un fracaso” (p.95). Y agrega que, por lo general, se llama a esto “crisis”; en realidad, a la persona se le está cayendo el mundo, se le está alterando su vida entera.

Por otra parte, la visión triunfalista del mundo se asocia al arquetipo del *puer aeternus*, el adolescente interno que no ha crecido, que cree que el éxito se logra con mantras y buenas intenciones, y, sobre todo, que el éxito es un mandato. El *puer* desconoce que al otro extremo está el sabio, el *senex*, lleno de sabiduría y comprensión de la realidad, con sus luces y sus sombras, pero este solo se mostrará en la caída.

Para el autor, el poema de Rafael Cadenas, “Fracaso” manifiesta al detalle su teoría. Es “lenguaje de fondo” (p.134), sale al encuentro de espacios difíciles de comprender. Al final, el poeta y el terapeuta se unen haciendo un llamado a abrazar el fracaso con estos versos: “Yo no te canto por lo que eres, sino por lo que no me has dejado ser. Por no darme otra vida. Por haberme ceñido”. Y en esta estrechez y carencia de utopías encontrar por fin la verdad y el equilibrio.



RAFAEL TOMÁS CALDERA / ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA



RAFAEL LÓPEZ-PEDRAZA / ©VASCO SZINETAR

Alfredo Gorrochotegui Martell

Leer un ensayo es un modo de vida en el que se invita a usar con frecuencia la inteligencia. El término “ensayo” proviene del latín tardío *exagium*, que significa “acto de pesar”. Uno de los ensayos más interesantes que he leído en mi vida, es el intitulado “Ensayos sobre nuestra situación cultural” del filósofo venezolano Rafael Tomás Caldera. Allí nos invita a profundizar sobre esto: “nadie escoge el lugar ni la época en que le toca nacer (...) Somos en mayor o menor medida dueños de nuestro destino por la libertad; pero pertenecemos a una tierra: una familia, una ciudad, una cultura. En el diálogo de nuestro libre albedrío con la circunstancia tejemos esas acciones que formarán la trama de nuestro existir”. Releer un párrafo ensayístico como este, invita a pensar. Y recuerda, entre otras cosas, que la reflexión acerca de toda

lectura es algo propiamente humano, porque solo el humano tiene inteligencia, o, en otras palabras, el ser humano necesita “educación” y “aprendizaje” para ser más “humano”. De hecho, precisamente el uso de su inteligencia lo humaniza. Inteligencia proveniente del latín *intus legvere*, que significa debidamente “leer dentro”, “penetrar”, “ir al fondo de los asuntos”. Releer un párrafo ensayístico como el ya citado, invita a limpiar ese espejo en el que uno se mira todos los días, pero que, con el paso de los meses y años, se va llenando de polvo por nuestras percepciones limitadas, por nuestros sufrimientos y/o errores o, incluso, éxitos mal digeridos, y en especial, como dirá el propio filósofo antes citado, porque “tal conocimiento es arduo”. Si hay algo difícil es conocerse a sí mismo. Por eso, es clásico el consejo que es-

taba grabado en el oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”. Decía el sabio chino Confucio: “el que sabe todas las respuestas no se ha hecho todas las preguntas”. Intentar conocerse más a uno mismo, es pretender hacerse buenas preguntas, y, a veces, no encontrar una respuesta, dándose uno cuenta que la vida humana es más un misterio que algo preciso, matemático, que puede definirse con blancos y negros. Yo, gracias a los ensayos, intento preguntarme con alguna frecuencia: ¿me enredo repetidamente con tareas que exceden mis capacidades?, ¿podría enumerar con relativa facilidad un listado de comportamientos que componen mis áreas de mejora?, ¿tengo identificados mis puntos fuertes, aquellas cosas que realmente hago bien?, ¿utilizo eficazmente mis puntos fuertes para compensar mis carencias?

Ana Teresa Torres

Para introducirnos en los ensayos venezolanos empecemos con una triada clásica, *Comprensión de Venezuela*, *Mensajes sin destino*, y *Lo afirmativo venezolano*, que debería completarse con *Identidad y ruptura* para después maravillarnos con *Fuegos bajo el agua* y de allí cruzar al jardín de las muchachas en flor donde nos espera *Ifigenia. Mito de la doncella criolla*, sin dejar de *Pensar a Venezuela*, a la que hay quien llama *El país que siempre nace*. Conoceremos también *Discurso del subsuelo* y la *Elipse sobre una ciudad sin nombre*, sin por eso dejar de *Leer el mundo* y sobresaltarnos con “La experiencia perpleja. Los límites de la escritura en un venezolano de la decadencia”. Hay que tener cuidado con *La navaja de Ockham* y sobre todo con los peligros de *La fe de los traidores*, si se quiere atravesar felizmente *La heroica aven-*

tura de fundar una República sin que se convierta en *La república baldía*; siempre atentos podremos avanzar *De la patria boba a la teología bolivariana* y superar *El personalismo político hispanoamericano del siglo XIX*, e incluso al *Divino Bolívar* que completaremos con *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriota*.

Protegidos por *La máscara, la transparencia*, nos convoca *Una crítica del gusto en Venezuela* y continuaremos nuestra excursión con *Elocuencia de la mirada* y *El Ávila en la mirada de todos*, que ningún caraqueño podrá dejar de disfrutar, sin olvidar *Espacio de ceguera, espacio no presencial*. No podemos dejar este brevísimo recorrido sin la visión urbana *Del viernes negro a la Caracas roja -La ciudad en el imaginario venezolano-* y *La ciudad sin lengua*. Y si los lectores han quedado insatisfechos con el viaje pueden

refugiarse en *Poéticas del ensayo venezolano del siglo XX*.

Mariano Picón Salas (1949); Mario Briceño Iragorry (1951); Augusto Mijares (1963); Ángel Viso (1982); Isaac J. Pardo (1983); María Fernanda Palacios (2001); José Balza (2008); Gisela Kozak Rovero (2008); Antonio López Ortega (2002); Milagros Mata Gil (1996); Víctor Bravo (2010); Rafael Castillo Zapata (2001); Rafael Arráiz Lucca (2015); Miguel Ángel Campos (2005); Mirla Alcibiades (2004); Luis Enrique Pérez Oramas (2015); Luis Castro Leiva (1991); Graciela Soriano de García Pelayo (1996); Elías Pino Iturrieta (2006); Manuel Caballero (2000); Guillermo Sucre (1985); Roldán Esteva Grillet (1992); Marina Gasparini (2025); María Elena Ramos (2014); Sandra Pinardi (2006); Arturo Almandoz Marte (2018); Federico Vegas (2001). Miguel Gomes (1991).

Álvaro Mata

Armando Rojas Guardia escribió libros referenciales de la ensayística venezolana -*El Dios de la intemperie*, *El calidoscopio de Hermes*, *Crónica de la memoria*-, que abordan asuntos como la locura, el cristianismo, el erotismo, la literatura y el ensayo mismo como medio expresivo, a través de una escritura barroca, voluptuosa y exacta, supurante de humana baba metafísica.

Fue en mis veinte años, recién graduado de la Escuela de Letras, cuando me acerqué a esta figura de excepción, al participar en el taller de ensayo que ofrecía para Monte Ávila Editores, en la Quinta Cristina de La Castellana. En aquel entonces, procuraba llegar con antelación a la hora pautada, para compartir conversación y cigarrillos con Armando, antes de entrar a

la clase. Era en ese rato donde ensayaba una cercanía, desde la palabra, con él, con su corporalidad nerviosa y fatigada, atendiendo a sus inquietudes inmediatas, comprobando que, a través de la conversación, “las almas adquieren tacto y pueden tocarse”.

Instalados en el salón de clases, Armando comenzaba a destilar a cuentagotas sus reflexiones sobre el ensayo, y, entre otras cosas, señalaba con insistencia machacona -y con razón- que el ensayo es, antes que nada, una reflexión autorreferencial y, por tanto, el autor se muestra y se arriesga al exponerse; que el ensayo es la fiesta subjetiva de la conceptualidad, que no busca mostrar las cosas como son sino como se me aparecen a mí; que es la pretensión literaria de unificar la verdad y la felicidad, la libertad y

el placer. Nos asignó la tarea de escribir acerca de la ciudad donde vivimos, de alguna obra de arte que nos fascinara, de nuestro acercamiento a lo religioso, y de cómo asumimos nuestra cotidianidad. De esta forma, propiciaba una mirada-otra en nosotros, que nos hacía comprobar, en carne propia, que yo mismo soy la materia del ensayo, como señaló el Señor de la Montaña, sin embelesamientos yoicos, eso sí.

Quizá sea Armando Rojas Guardia el ensayista venezolano al que he dedicado más horas de lectura, no porque sienta una particular empatía con los temas que ensaya, sino, más bien, por la manera misma como los aborda, haciendo una destemplada radiografía escritural de sí mismo, que señala el camino para hacer lo propio.

Andrea Rondón García

Del buen salvaje al buen revolucionario

De Latinoamérica dijo “hija del buen salvaje, esposa del buen revolucionario, madre predestinada del hombre nuevo”. Papá me decía: “quemaron su libro en la Universidad Central de Venezuela, aunque yo no estaba de acuerdo con sus ideas, esos no eran los modos”. Siempre que mi papá contaba la anécdota era un impacto. Somos una familia de varias generaciones de ucevistas y crecí rodeada de libros. No concebía cómo podía ocurrir esto. Pero era muy inocente y sobreprotegida por la familia.

Estudié Derecho como una forma de continuar la tradición familiar. Sin mucha convicción al principio. Pero mi papá se esmeraba en que tratara de pensar más allá de lo familiar y conocido. Desde pequeña mi papá me expuso al programa de televisión del autor de las palabras con las que inicié estas reflexiones. *Buenos días* era el programa que conducía junto con su esposa.

Muchos años después, con Cedice Libertad en mi vida, lo leí. Se trataba de un diagnóstico descarnado de los mitos que no dejaron (y tal vez no dejarán) crecer a América Latina. Un universo se abrió frente de mí. Ya no eran solo los típicos, tradicionales y ortodoxos libros de Derecho. Lo que antes eran piezas aisladas de un rompecabezas (los

libros de la casa; las conversaciones de la gente grande; los libros de literatura de autores como Vargas Llosa), ahora tenía forma.

Empecé a tener un pensamiento político. Empecé a tener una posición frente a los temas cruciales de mi país. Despertó mi curiosidad y así ha seguido. Esto no me lo dio la universidad. Los artículos que componen el libro *Del buen salvaje al buen revolucionario* abrieron la caja de Pandora. ¿Pesimistas estas frases iniciales?, ¿y su vida?, también. A veces se me parece al libro *El mundo de ayer* y a la vida de Stefan Zweig.

A pesar de esto, no importa la materia que esté dando en la universidad (ya son 20 años). Tampoco importa que sea pregrado, especialización o doctorado. Siempre recomiendo la lectura de este libro. Tengo la esperanza de que también cale en otros.

Del buen salvaje al buen revolucionario es mi vínculo con mi país (especialmente con sus sombras) y con mi papá; es parte de mi despertar intelectual y conciencia política; es y será una especie de recordatorio de que mi vida no volvería a ser la misma, porque irremediablemente yo ya no soy la misma. Tengo una responsabilidad ineludible donde quiera que me encuentre.

Beatriz Carolina Peña

El ensayo “La paradoja de la democracia”, de Mario Briceño Iragorry plantea que el Estado democrático ha de brindar, por igual, tanto “un clima moral” que nos induzca a propulsarnos como las oportunidades para elevarnos, que, a su vez, se conjugarían con la capacidad y el impulso interior para lograr esa superación. Este postulado me resuena de una manera muy personal. Hace años, ingresé, gratuitamente, a un seminario sobre Latinoamérica en la celebrísima Columbia University. Los integrantes, casi todos profesores universitarios en Nueva York, nos reunimos rodeando una gran mesa, unas tres veces por semestre, para escuchar charlas de especialistas en la región. En los primeros años de asistencia, observé alrededor de esta misma mesa a otra mujer nacida en Venezuela, pero, luego supe, con una trayectoria vital muy distinta a la mía. ¿Cómo era posible que yo, la hija sin padre de un ama de casa de raigambre campesina (en su juventud, trabajadora doméstica en casas de familia), me hubiera hallado compartiendo un espacio con una mujer también nacida en Caracas, pero de privilegiadísimo abolengo? Pese a las carencias y fallas que fueran, estructurales y familiares, la educación pública que recibí en Caracas en los setenta y ochenta y la formación de

postgrado, obtenida en las universidades públicas de Nueva York, posibilitaron que llegara a coincidir en una órbita académica, ciertamente no en la esfera privada ni en la socioeconómica, con esa persona acaudalada y educada en instituciones de prestigio internacional. Mientras crecía, absorbí de la conciencia colectiva la noción de que, con la educación, podríamos alcanzar los astros. En eso radica la paradoja anunciada en el título de Briceño Iragorry: los seres humanos se igualan, idealmente, “en su facultad moral de equilibrar las deficiencias originarias y de proseguir desiguálándose por actos propios y ‘actuales’ de expansión de su fuerza creadora”. El autor llama a esa esencia democrática la “desigualación intrasocial” o la “igualdad desigualante”, y le atribuye carácter dinámico, incesante y no individualista. Asimismo, arguye: “el verdadero conductor de masas debiera empezar por predicar a estas el deber de ejercitar la facultad de hacerse cada cual mejor. ‘Hacerse’, no considerarse, es decir, ejercer la facultad de subir, en orden a dar objetividad al principio de que la política no es la posibilidad de poner a nuestro servicio personal los recursos sociales, sino, por lo contrario, poner al servicio de la sociedad nuestros recursos morales”.

Aura Marina Boadas

La invitación para escribir sobre un ensayo de resonancia personal me llevó directamente a *El discurso antillano* (DA, 1981) de Édouard Glissant. Sin embargo, no cumplía los requisitos... Luego de varias consideraciones me percaté de que, si bien no era ensayo venezolano, sí correspondía a un capítulo de la historia literaria venezolana que está aún por escribirse: el de las traducciones. Para la literatura comparada, las traducciones se relacionan con los contextos en los que se insertan, desde donde pueden motivar el surgimiento de nuevos géneros, estéticas y temáticas, o dialogar con la literatura nacional. Se crean entonces nuevas redes de influencia e intertextualidad en el lugar de recepción; y es desde allí, con la luz verde de nuestro casero, de donde parto.

Mi primer contacto con el DA fue en la década del 80, a pocos años de su publicación, cuando concluía mi pregrado. El libro era grande, extenso, denso; y atrapé mi atención la variedad de textos que incluía, así como la profusión de capítulos reunidos in-

ternamente en libros. Había pasajes en prosa poética, ensayos, publicidad, poemas y hasta entrevistas. Su lectura me condujo por la historia de Martinica, esa ínsula que está a unos 500 km de nuestras costas venezolanas. Me percataba de que no comprendía todo a satisfacción, pero seguía adelante y al final tuve un panorama del pasado colonial, la actualidad y los retos de la isla (lo que con sus matices era extrapolable a toda la región caribeña). El DA fue el mejor compañero para empezar a navegar académicamente por las aguas del Caribe.

Años más tarde, una visita de Édouard Glissant al país despertó el interés por la traducción al español de *El discurso antillano* (MAE, 2005). El autor estimó necesario suprimir algunos apartados y así lo hizo. Prontamente fui llamada a esa labor de traducción y con el tiempo se unió al proyecto Amelia Hernández Muiño, traductora de reconocida trayectoria. Mi segundo acercamiento al DA fue muy distinto, requirió una atenta lectura de sus contenidos y una buena documentación en aspectos terminológicos, históricos

Antonio López Ortega

En mi temprana adolescencia, cuando las letras parecían nubarrones o el oficio era incipiente, recuerdo que mis lecturas eran la poesía y el cuento. Saltaba de la una al otro, creyendo que los versos eran para leer y las fábulas para urdirlos. La primera me ayudaba con la forma; el segundo, con el fondo. Esa duplicidad, para el ingenuo de en-

tonces, me bastaba. Cuando leía, por ejemplo, a Alan Watts, un pensador contracultural, sentía que me hundía en un tratado de ideas, y cuando leía, por azar, a D. T. Suzuki, pensaba en un manual de religión. En la tradición occidental, en todo caso, acuñamos el término *ensayo* gracias al ingenio de Montaigne, sabiendo que como

Irrupción del ensayo

género está más de cerca del presente que del pasado.

Hacia mediados de los años 70, en ediciones seguidas del *Papel Literario*, me maravilló un debate entre Arturo Uslar Pietri y Octavio Paz. No alcanzaba a descifrar todas las nociones que se discutían, pero la esgrima era tan fina que cuando me acercaba yo me sentía como un cavernícola con antorcha. Uslar ensalzaba la irrupción de la novela del momento, afirmando que aquella salud era escuela del realismo mágico; Paz, por el contrario, sentenciaba que la nuestra era una “literatura sin crítica”, en la medida en que no optaba por el pensamiento como herramienta implícita de la creación. La noción la fui entendiendo paulatinamente, y aún más cuando entendía que el género propicio para esa operación era precisamente el ensayo: es decir, pensar desde el corazón de la creación.

Esta semilla fue creciendo gracias a la cercanía de tres ensayistas que, sin saberlo, me fueron moldeando en los años venideros: fueron hermanos mayores, fueron maestros, fueron amigos. Los vi muy de cerca, los leí de manera continua, los reverencié en secreto: Francisco Rivera (1933-2020), Oscar Rodríguez Ortiz (1944-2019) y Julio Miranda (1945-1998). Las imágenes pueden provenir de la Mesa de Redacción de *Zona Franca*, de un apartamento con amplio balcón para charlar en La Carlota o de una biblioteca infinita de Santa Paula en la que leímos a tres voces un poema único llamado “El hombre del saco” de Pere Gimferrer. Enseñanzas latentes con las que quiero honrar la vida y obra de autores que forjaron la mía, propiciando el ánimo que me permite recordarlos hoy como si fuera ayer. Si para este servidor el ensayo sigue siendo el género de la crítica constante, es porque los que ya han fallecido me inculcaron esa noción. A todos ellos, los tres, mi permanente gratitud.



CARLOS RANGEL / ©VASCO SZINETAR

Arturo Gutiérrez Plaza

Afinidades venezolanas en torno al centauro de los géneros

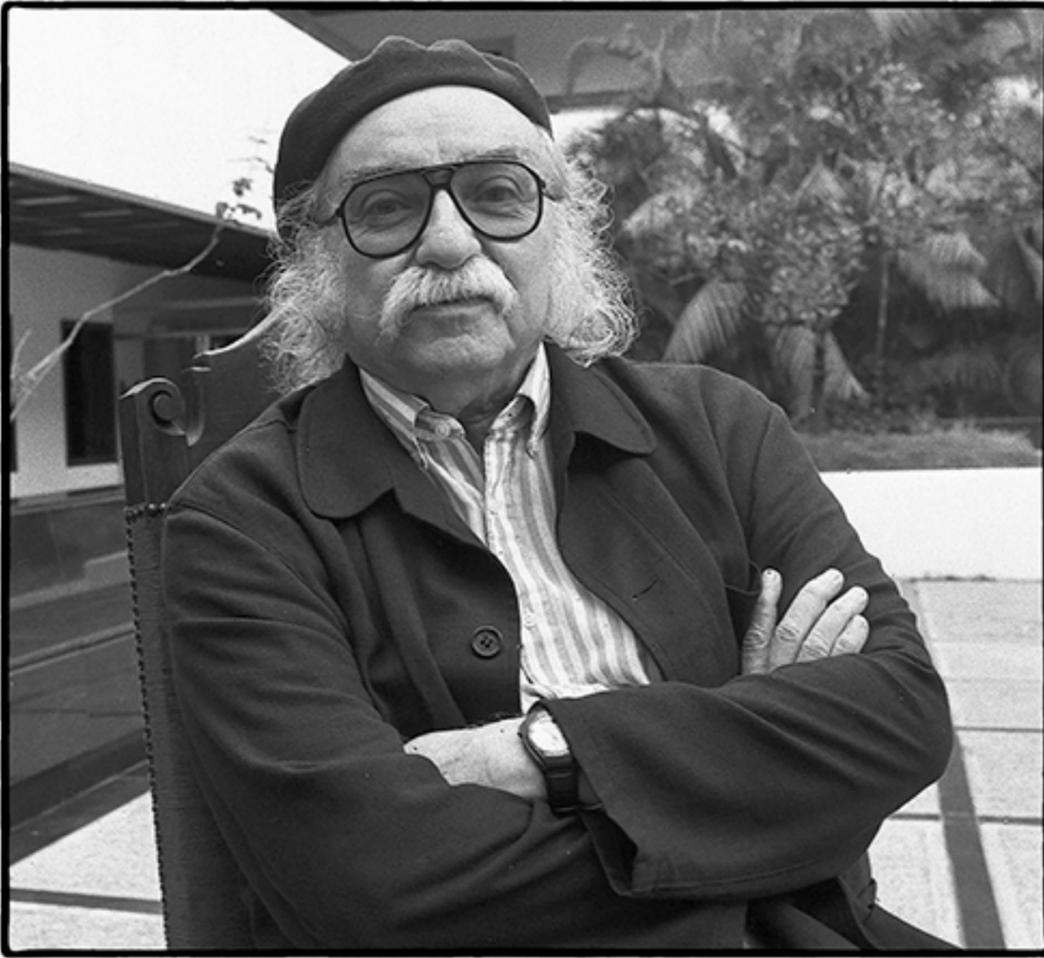
Madurez, agilidad y exactitud eran los atributos que Francis Bacon –ensayista de ensayistas e insigne contraparte de Montaigne– le asignaba respectivamente a la lectura, la conversación y la escritura. Del ejercicio de esas tres actividades, bajo la premisa de intentar acercarme por su mediación a dichas cualidades, creo que vine a entender la naturaleza de ese “centauro de los géneros”, como lo denominó Alfonso Reyes. Fue durante una sesión del taller de creación literaria “Anagrama” de la USB, dirigido por Luisana Itriago y Ana María del Re, que leí por primera vez una frase del autor de la *Expe-*

riencia literaria. En un pasaje del libro *De la lectura. Del arte de escribir* de Rafael Tomás Caldera, quien era invitado especial esa tarde, se le citaba. Ese día el profesor Caldera me aconsejó la lectura del maestro mexicano. Nunca se lo agradecí. Aprovecho esta nota para saldar mi deuda. En un apretado recuento diría que el libro de Caldera me llevó a Reyes y luego, en paralelo o poco después, la lectura de la obra ensayística de Guillermo Sucre me remitió al mismo destino. Por Sucre, cuando apenas me iniciaba, con cierta prevención, en esa vocación anfibia nacida del interés en la escritura poética y en la aproximación crítica a la literatura descubrí su ensayo “La crítica como creación”. De esa lectura desemboqué, inevitable y afortunadamente, en *La máscara, la transparencia* y en *Borges, el poeta*. Hoy en día, cuando en el mundo universitario contemporáneo el ensayo y el artículo académico se conciben como formas de escritura antípodas, creo que volver a esas ideas sustentadas por Sucre y avaladas por ensayistas como Reyes, Paz, Borges, entre otros y entre nosotros, no solo es urgente, constituye en sí una forma de resistencia a un “saber disciplinar”

que amparado en su pretendida profesionalidad olvida que la escritura y su compromiso con la imaginación ha de estar siempre en el centro de sus propias pesquisas: único antídoto ante el peligro de cultivar lectores, conversadores y escritores, empobrecidos por anteojeras y por el ensobrecido entrenamiento en el abuso de modas, jergas y tecnicismos. Mariano Picón Salas, en una nota de advertencia en su libro *De la Conquista a la Independencia*, fechada en 1944 en la Universidad de Columbia, libro dedicado precisamente a Alfonso Reyes, comentaba: “Se llega a escribir –y es un peligro en la universidad moderna– para otros catedráticos o para llenar aquella hoja de figuración y merecimientos con que se asciende en la carrera profesional. Hay por ello ciertos *ídola universitarios* que no conoció Bacon (...) Por eso más que el ciego acarreo del dato me interesó su tipicidad, y a la página plagada de citas preferí, de acuerdo con mi temperamento, lo que revelaba no solo un esfuerzo de transmitir noticias, sino lo que es humanamente más urgente: entenderlas”. Más de ochenta años después, creo que su advertencia sigue en pie.



ÓSCAR RODRÍGUEZ ORTIZ / ©VASCO SZINETAR



MANUEL CABALLERO / ©VASCO SZINETAR

Carlos Marín Betina Barrios Ayala

Sobre Manuel Caballero

En el año 2000 nació mi afán de aventurarme a escribir. Una de las influencias para tal decisión fue mi papá. Los domingos compraba *El Nacional* y nos sentábamos a leer en casa. Para entonces empecé a coleccionar el cuerpo *Siete Días*, donde firmaban Alberto Barrera Tyszka, Simón Alberto Consalvi, Tulio Hernández, Sergio Ramírez, entre otros. En esa época empecé a escribir apuntes a mano, simulando ser un intrépido columnista. Tenía 18 años.

La rutina dominical se nutrió cuando mi papá agregó *El Universal* al paquete de lectura. Ojeando la página de opinión descubrí la firma de Manuel Caballero. Recuerdo mis primeras impresiones de sus textos: la ironía mortal, el humorismo certero, la crítica erudita, la inteligencia del argumento, y, sobre todo, el recurso de la historia para comprender nuestra sociedad eclipsada por el chavismo. A leguas podía distinguir su voz: rebelde y ruda a la vez, pero vitalista y enérgica en gran medida. Así empecé a coleccionar su columna por años como un niño chiquito.

Cuando ingresé a estudiar Historia en la Universidad Central de Venezuela en 2001, empecé a leer la obra historiográfica de Caballero. En sus estudios sobre el siglo XX político venezolano, continué hallando con nitidez el ingenio de su voz. Durante años he releído muchas veces *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*; *Gómez, el tirano liberal*; *Rómulo Betancourt, político de nación*; y *La pasión de comprender*. En mi biblioteca reposan casi todos sus libros y han sido fuente inagotable en mi etapa como profesor universitario. Recurrir a él se ha convertido en un clásico personal.

Más que periodista o historiador, su obra representa la de un ensayista incómodo para el poder. Un escritor que ensaya y se expresa con libertad, sin poses ni medias tintas. Un ensayista se prueba en la diversidad de intereses que le impele la curiosidad y su angustiosa realidad. Fuese el campo de la literatura, el periodismo, el humor, la memoria y la historia, Manuel Caballero dejó constancia de algo primordial: mostrarnos su orgullo de leer y comprender.

La misión de todo ensayista es la de cimentar su pensamiento en la cultura en que se desenvuelve. O, mejor dicho: la de expresar a través del lenguaje la riqueza del imaginario donde todos nosotros vivimos. El ensayo nos enseña a conocernos, así como lo entendió Montaigne. Caballero sigue siendo, aunque nos duela, esa conciencia entre nosotros.

Pesquisar y hallar correspondencia. En la lectura esto sucede y cierta asfixia desaparece. Cuando se lee se escucha y en esa escucha ocurre el milagro de la resonancia. Tengo simpatía por los libros pequeños, pero que tienen cuerpo, son resistentes, están bien hechos. Los llevo en un bolsillo, viajan en autobús o en bicicleta y nada, no dan nada de trabajo, solo alivio y compañía. Bajo estos nobles dotes, una tarde encontré en los pasillos de la librería Historia, de Jonás Castellanos, un ejemplar de *Biografía del paisaje. El paisaje en la poesía venezolana* (1954), de Humberto Cuenca. Este autor, nacido al interior del país durante la segunda década del s. XX, se doctoró en la Facultad de Cs. Jurídicas y Políticas en Caracas. Para entonces el gobierno de Juan Vicente Gómez hizo girar su vida y su obra a caballo entre arte y política. Quién sabe. Cuando no hay ciencia que explique nada puede que se encuentre respuesta en otras cosas. Los libros no exigen nada y explican mucho. Es posible que yo también lea porque no entiendo nada, y pasa el tiempo y eso no cambia. Escribe Cuenca: “El paisaje se nos vuelve alma” (pp. 30). Cito:

“¿En esta opulencia de nuestra poesía descriptiva pudiera sernos dado escoger un árbol y seguir a través de él las distintas tonalidades de nuestros poetas? Y en este caso, ¿cuál sería el árbol tipo? Por nuestra parte no escogeríamos el araguaney, proclamado árbol típico de Venezuela, que solo en breves días de primavera luce el oro de su copa, sino a ese árbol proletario, cantado por todos nuestros poetas, el cardón. En efecto, durante todo el año, en la lluvia o en la sequía, con polvo y sin flores, con sudor y con viento, siempre en la llanura solitaria, con sus manos desesperadas, en mitad de la sabana, el cardón, como un oso gigante, con su color verde sombrío, levanta sus zarpas, sañudo y colérico, porque no es árbol conformista ni entreguista y clama contra la injusticia en derredor; lanza al viento sus espinas contra las cabrias del petróleo, pero también acoge con cariño con la pulpa suave y acuosa de sus grandes hojas, con la ternura de sus delicadas flores al que se le acerca con amor. Cardón: símbolo del dolor, del sacrificio, del heroísmo, de la pureza y de la ternura del pueblo venezolano” (pp. 26).

Camila Pulgar Machado

Nostalgia en el Taller de ensayo de Guillermo Sucre

Para mí, la invitación a conversar sobre el ensayo pasa por la nostalgia que me dejó el Taller de ensayo de Guillermo Sucre en mis estudios en la Escuela de Letras-UCV. El pènsu exigía un taller, el mío fue el del ensayo. Y mis estudios de literatura fueron antes y después de este. Ningún otro curso tuvo la incidencia que Guillermo Sucre logró en mí con su visión del ensayo. A partir de aquí, comencé a escribir. Pero, a pesar de que estoy mencionando a uno de los principales ensayistas de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX, sus clases no fueron sobre el ensayo en Venezuela sino como género literario. Y sí, en el caso de Sucre, el ensayo como *expresión literaria*. Incluso creo que Guillermo Sucre no usaba coloquialmente la palabra para abarcar un comentario académico o un escrito argumental. Había que aceptar la exigencia de entender que esta versión del ensayo era estética, aunque, claro, no por bonita.

Digo “nostalgia” también para intro-

ducir el ensayo matriz de su Taller que era “Sobre la esencia y forma del ensayo” (1910) de Georg Lukács. Por supuesto, los creadores que experimentábamos eran los de Sucre: Montaigne, Camus, Borges, etc. No obstante, el texto que establecía la dificultad de llamar ensayo al ensayo era el de Lukács contenido en su libro *El alma y las formas*. Esto me parecía interesante pues no era mediante una perspectiva marxista que Sucre apuntaba a Lukács.

En todo caso su punto de vista era sobre la idealidad del ensayo. “Platón, decía Lukács, el más grande ensayista que ha vivido y escrito... el que lo ha arrancado todo a la vida que le circundaba inmediatamente y no ha necesitado así de ningún vínculo mediador... pudo enlazar sus preguntas... a la vida viva”. Y así Lukács sentenciaba que “Toda verdadera nostalgia supera siempre como en juego a aquellos que se quedan perezosamente en lo groseramente dado de los hechos y de las vivencias”. Ese ir más allá, suerte de

Blanca Strepponi

El hechizo del pasado

Después de 15 años, vuelvo a *La herencia de la tribu*, libro iluminador de Ana Teresa Torres. Encuentro muchísimos subrayados, papelitos de colores asomando, páginas dobladas en las esquinas, clips, todo en mi estilo salvaje de lectura anotada. Releo y ¡hago nuevos subrayados!

Va este primer párrafo que no duda en ir al grano: “Hay pasados que no terminan de irse; el pasado venezolano es uno de ellos. La gloria de la Independencia, siempre dominante en nuestro imaginario, extiende su sombra de presente perpetuo. Como quiera que avancemos, el pasado nos espera. El futuro será, paradójicamente, pretérito”.

Digo que es un libro iluminador porque nos hace revisar, aunque sea tímidamente, ideas que damos por sentadas, aprendidas en la infancia y esculpidas en mármol estatuario: la patria, la Independencia, los próceres, la libertad, el heroísmo... Una lluvia de mayúsculas que cae sobre nuestros países donde abundan los padres de la patria, venerados habitantes de monedas y billetes, reyes de la toponimia.

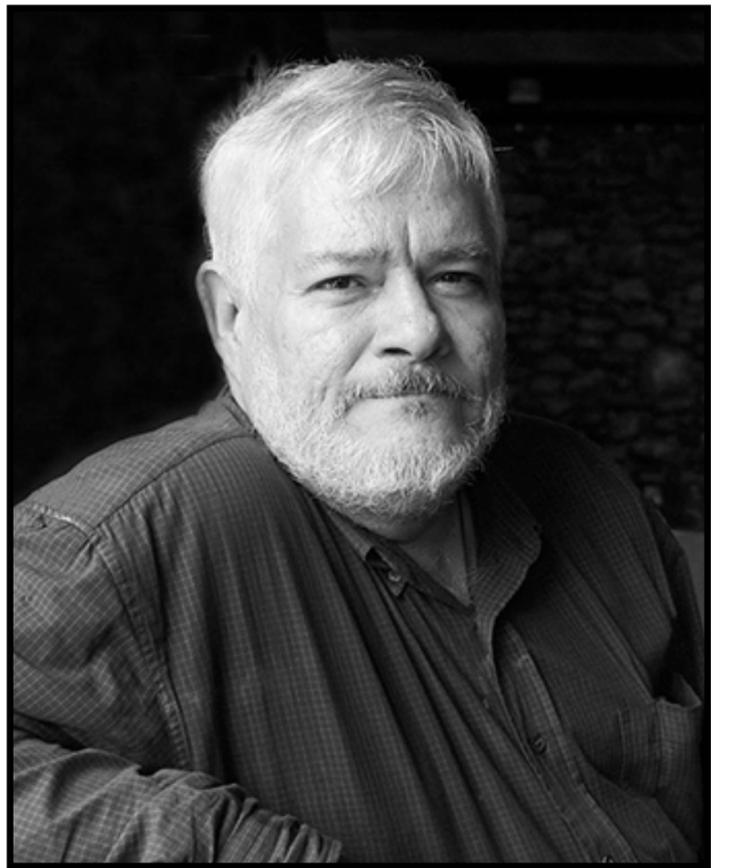
En Venezuela, esa tenaz construcción del mito político tuvo su trágica continuidad en la figura de Chávez, idea desarrollada por la autora con todo detalle y apoyada en una sorprendente cantidad de lecturas (la bibliografía ocupa nueve páginas): ensayistas, historiadores, políticos, poetas, filósofos.

Me resulta tan esclarecedor que me hago preguntas ingenuas: ¿Cómo es posible que alguien lea este libro y aun así se mantenga fiel al chavismo? (Encuentro una sola explicación: el resentimiento, esa poderosa y encefaloparásita pasión humana, solo superada por el sexo). Y otra pregunta ingenua: ¿hacia falta la Independencia, era inevitable la guerra? ¿No podíamos simplemente

ser súbditos del reino español, negociando algún tipo de desempeño autonómico? Y puesto que resulta evidente la inclinación cortesana de los humanos, ¿no hubiera sido al menos más elegante estar pendientes de las aventuras de la realeza, que sin duda se hubiera extendido en grados menores de abolengo a nuestros países, en vez de consumir los degradados avatares públicos y privados de las realezas sustitutas: farándula, políticos, deportistas, músicos, *influencers*, *reality shows*...?

Tal vez mi inquietud no sea tan naif, traigo aquí esta cita del libro: “¿Qué hubiera sucedido si la idea del ilustrado conde de Aranda, ministro de Carlos II y Carlos IV, de crear una suerte de *commonwealth* con las naciones americanas hubiera tenido éxito? (...) en opinión de Ramón Escovar Salom, se hubiese evitado la guerra y propiciado la separación gradual y pacífica de las repúblicas independientes. Se diría que es un ejercicio inútil de reinención del pasado, pero no lo es si lo tomamos como punto de partida para examinar el mito de la Independencia. Nos permite, aun cuando sea por un momento hipotético, desligar la ecuación entre Independencia y guerra, tan firmemente soldada en nuestro imaginario. Es tal la exaltación del heroísmo guerrero que a veces olvidamos que la guerra no era un fin en sí mismo, ni siquiera la Independencia, el fin último era la construcción de una república, una labor de paz”.

Otro hubiera sido nuestro destino. Así como otro hubiera sido nuestro destino sin Chávez. Pero tengo confianza en que, en unos años, cuando este libro sin duda se siga leyendo, encuentre eco en personas con mentes más permeables que las nuestras, dispuestas a construir sociedades modestas, basadas en el esfuerzo y el respeto. Una tierra libre de héroes.



ARMANDO ROJAS GUARDIA / ©VASCO SZINETAR

metafísica de algo tan empírico, voluble, errático, irónico y abierto como el ensayo, implicaba fielmente la gran enseñanza de Sucre: “El ensayista puede contraponer... su creación fragmentaria a la exactitud científica”. Esto último en el texto de Lukács equivale a los sistemas disciplinarios donde no hay ninguna nostalgia que encarnar, o saborear, ni tampoco una subjetivación como la del ensayo, que se resuelve en un caminar literario cuya intensidad vivencial *libera y salva*, como se urde una ética desprendida que se ha ocupado de hacerse a sí misma. Pues el ensayista va a dar con un proceso autoral e irregular donde se esgrime lo substancial que el lector aprecia.

El ensayo sucede alrededor de estos sistemas disciplinarios que tantos *pa-*

pers aburridores obedecen al pie de la letra, textos sin interlocutores—signo alarmante. Así Sucre enseñaba a cuidar el vocabulario para no ultrajar al ensayo con una jerga académica apabullante y sorda. Y como custodio del género indicaba, *pero* elípticamente, su efímera fortuna: su nostalgia hacia lo que ha perdido o lo que desea o vislumbra—principio del deseo que es punto de partida— debe substraer un vigor expresivo del arte, *el alma y las formas*, para que su destino se forje en la tensión inequívoca de “una creación nueva, un hacerse vivo en la vivencia real” (Lukács) que antecede y dista de la ciencia. Aunque, a cambio, se ha salido con las suyas: todo ensayo célebre ha ahondado en el arte durante su valiosa permanencia.

Cristina Gálvez

Cuando cursé un taller de ensayo como materia electiva en la Escuela de Letras hace ya mucho, el primer texto que leímos fue “Y va de ensayo”, de Mariano Picón Salas. Allí dice que el propósito de tal género es el de describir “síntomas” en el contexto social y cultural. Pero no basta una mera descripción: es preciso hacerlo desde una “voz propia”, capaz de cautivar al otro. Pienso en el ensayo como un paseo que se nos da por el pensamiento de alguien más. Durante el recorrido, a veces nos toman de la mano, otras nos dan un pequeño empujón: más, si algo no logra sacudimos, habrá sido un paseo infructuoso.

Tengo en mis manos un libro fotocopiado y encuadernado. En la portada se ve el sello de la biblioteca de Humanidades de la UCV. El título, *El calidoscopio de Hermes*, de Armando Rojas Guardia. Reencuentro líneas subrayadas a lápiz o resaltadas en fucsia. Armando, impecable e implacablemente (¿cómo, si no, podría hacerlo?), señala en las primeras páginas que el ensayista “recorre inteligentemente el cuerpo de su propia experiencia con la cultura. Es la carne de su propia experiencia consciente—la de su conciencia en contacto vital con el mun-

do—lo que el ensayista verbaliza”. El ensayo busca la claridad de la idea, pero lo hace a través de la textura, el ritmo y muchas veces el juego con las palabras, a través de una experiencia sensorial y corporal (¿no tienen cuerpo, también, las ideas?).

Más adelante en el texto, Rojas Guardia se califica a sí mismo como “solo un lector”. Qué imprescindible para la vida es ser un buen lector, una buena lectora, pienso, y cuánto se nos escapa la agudeza, la atención necesaria para ello. ¿Era Armando un gran ensayista y un gran poeta porque sabía leer? Ya lo decía en otro texto suyo muy mencionado, que “vivir poéticamente es vivir desde la atención”. No cualquiera sabe leer, cultivar la escucha y la mirada amorosa y disciplinadamente.

Sigo por las páginas de su *Calidoscopio*. Vuelvo sobre mi experiencia en ese texto, mis notas y subrayados, con el deseo de (re)aprender a ser lectora (creo que en otro tiempo merecí más ese título). Quizás eso, sobre todo, sea el ensayo: una lección de lectura, un artefacto que nos afina la mirada para discernir aquello que es digno de atender.

Eritza Liendo

El breve manual de Rojo

Mi primer ejemplar del libro *Breve manual para reconocer minicuentos* ya no da para más: es tanto lo que lo he manoseado, leído, subrayado y fotocopiado, que sus páginas, aunque juntas, ya están cada una por su lado, y dejaron de ser un documento de obligatoria consulta para convertirse en la evidencia de una devoción que, con el tiempo y por fortuna, se transformó en mi amistad con su autora. El delicioso ensayo de Violeta Rojo sobre la minificación, sus características y sus mecanismos de activación, se convirtió en un talismán para mí. Aunque con el tiempo ella cambiara de opinión sobre algunos aspectos relacionados con el tema, sus aportes en esa primera edición de 1996 iluminaron mi comprensión y mi interpretación de las implicaciones de la brevedad al momento de contar historias.

Nacido como tesis de maestría en la Universidad Simón Bolívar—bajo la tutoría de Carlos Pacheco—*Breve manual para reconocer minicuentos* fue la resulta del análisis de más de mil textos de cuarenta y cuatro autores. Lo exhaustivo de la muestra y de la revisión le permitió a Rojo juntar una serie de atributos medulares entre los cuales destacan la llamada “estructura proteica” (que le permi-

te al minicuento participar de las características de otros variados géneros) y el uso de “cuadros” (o “marcos de conocimiento”) que le permiten al autor condensar la historia.

Naturalmente, un trabajo de esta naturaleza—abordado con el rigor y la honesta sensibilidad de Rojo—fue y sigue siendo para mí una referencia obligatoria, suficiente, ilustrativa y reveladora. Insisto: no importa si con el tiempo ella hubiera redimensionado algunas de sus primeras consideraciones. Más allá de esa natural revisión de la perspectiva personal y profesional sobre la materia minicuento, con Rojo entendí lo que bien resume Luis Barrera Linares en la contratapa de la edición del 2009 (Equinoccio, Universidad Simón Bolívar): “Bien lo hace ver Violeta Rojo: todos los caminos de la literatura, independientemente de la condición genérica [...] conducen al minicuento. Quien se acerque a este manual-compilación (a la vez propuesta teórica y antología hispanoamericana) no solo podrá disfrutar de las delicias de esta forma narrativa difícil, portentosa y definitiva, sino que encontrará además las claves maestras para comprenderla”, que será lo mismo que comprender a Monterroso, a Cortázar, a Cabrera Infante, a Oswaldo Trejo, a Huidobro y al mismo Borges...

Eleonora Requena

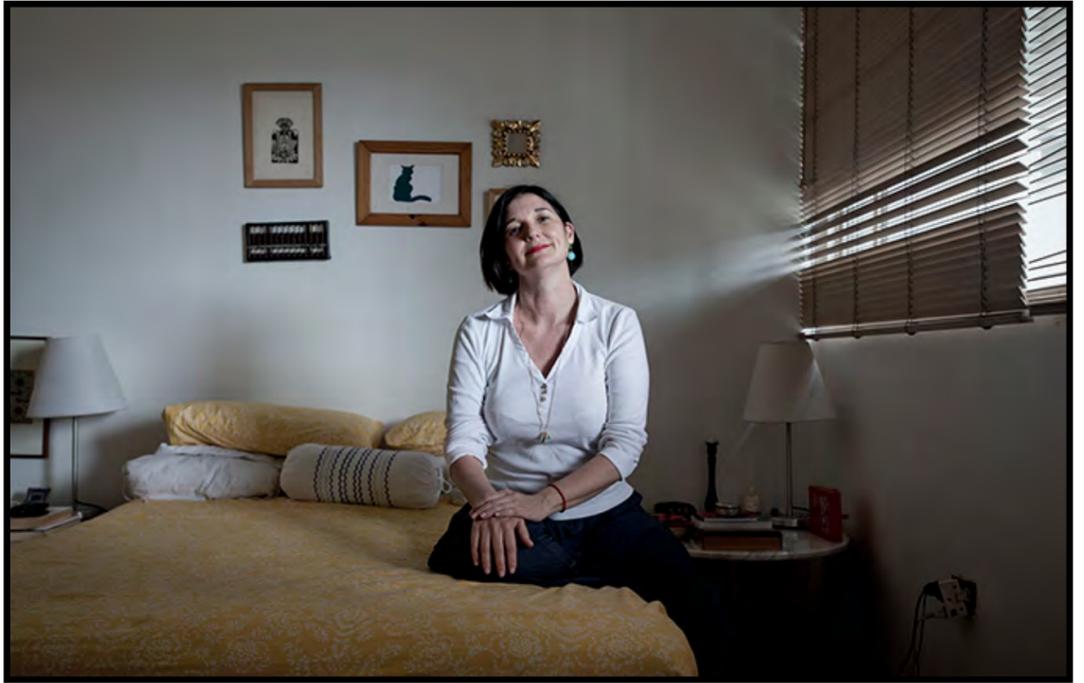
Los apuntes de escucha de Gina Saraceni

Me interesan los poetas ensayistas. Me interesa el discurso de los poetas que reflexionan sobre la poesía y abren posibilidades y vetas de lectura. Son como bitácoras aleatorias que acompañan mi propio viaje de extravíos y develamientos a través de un torrente de voces. De esta serie de poetas ensayistas a los que acudo y rememoro, destaco el trabajo de los venezolanos Alfredo Silva Estrada y su palabra transmutada, los textos de Hanni Ossott sobre cómo leer poesía, la hondura de *Saloma* de Alfredo Chacón, la palabra horneada en el taller de Eugenio Montejo, o los microensayos que propone Igor Barreto en sus poemas.

En la búsqueda de algún sentido, si eso es posible, y de materiales para mis clases de poesía y desconcierto, palabreo mis propias lucubraciones sobre el misterio y siempre recaigo en la atención a la voz, al murmullo o al silencio y su poder de resonancia en el poema. En este sentido, desde hace tiempo sigo con fervor los “Apuntes de lectura” de Gina Saraceni, publicados en la revista *Poesía*. Esta serie de textos, que renombro

como apuntes de escucha, son destinados de la atención a la voz que hace al cuerpo y muchas veces deja en cueros al sentido en el poema.

Gina atiende a la voz que adecuenta las palabras, me cuenta y enuncia lo que oye de las voces que lee. Con su dicción enfática y brillante apunta lo que hay que oír, escucha a través de lo que dicen los poemas, lo que sueña desde antes del decir y que en su raíz susurra. Oye el tambor, oye el grito, se hace eco del gran orden de las esferas y la paradójica armonía en los textos de Montejo, la voz grabada balanceándose ante el vacío en el decir previo a la escritura de Igor Barreto, escucha las arcadas agrias y el grito rabioso de Miyó Vestri, aguzando el oído a través de los alambres, el viento que pasa dejando jirones ciegos en los poemas de Enriqueta Arvelo Larriva, la voz de fosa, trazo garganta de Mariela Casal, la latencia más allá de lo audible en los textos de Ungaretti, o de aquello que en palabras de Fabio Morábito, apenas se consigue “cuando se está a la escucha / como nunca”.



VIOLETA ROJO / ©VASCO SZINETAR

Edgar Cherubini Lecuna

El poste de la ignominia

En busca de respuestas sobre quiénes somos, Asdrúbal Aguiar, en su ensayo, *La mano de Dios. Huellas de la Venezuela extraviada* (2020), aborda temas medulares de la historia de Venezuela. Para avivar nuestra desdibujada memoria, realiza un recuento de las instituciones creadas por España, que ofrecieron “una horma susceptible de ir humanizando el asentamiento venezolano, para darle su forma definitiva de nación mixturada, liberal y católica”. Por esa razón, lamenta que Bolívar haya negado trescientos años de historia: “Sin aquellos años, sus circunstancias y desgarramientos o avatares, mal puede entenderse la hora de nuestra emancipación, alcanzada en 1810”. Para reivindicar lo civil, que por décadas ha estado supeditado a lo militar, logra resumir sabiamente los hechos y personajes que construyeron la República antes de iniciarse la gesta independentista, tales como Andrés Bello, Simón Rodríguez, Juan Germán Roscio, Cristóbal Mendoza, Francisco Espejo, Miguel José Sanz, entre otros “parteros de nuestra tradición humanista”, ya que la mitología de los guerreros que ha colmado el pensamiento nacional hasta el presente ha desdeñado las semblanzas de los héroes civiles del siglo XVIII.

En otras páginas relata las primeras revueltas que siembran la semilla de la emancipación, como la del esclavo

conocido como el negro Andresote en 1711, “quien solo aspira proclamarse Rey de Venezuela”, le sucede el levantamiento de Juan Francisco de León, hacendado del cacao, quien en 1748 se manifiesta contra la hegemonía de la compañía Guipuzcoana, tomando por asalto a Caracas y La Guaira. El Capitán General convoca a un “diálogo” con los alzados, mientras se imparten órdenes para que la rebelión sea sofocada a sangre y fuego. Juan Francisco de León es asesinado y frente a su casa es erigido “el poste de ignominia, en cuya placa, en nombre del rey, se deshonra al rebelde y a sus descendientes, su casa es derribada y el terreno es sembrado de sal”.

Estas y otras tantas escenas relatadas en esas páginas me incitaron a reflexionar sobre nuestra historia como una ópera trágica que, en el momento del *concertante*, se mezclan los aciertos y contradicciones de los discursos, a veces interpretados por notables tenores, otras por grotescos bufones. En nuestro aciago y cíclico devenir, basta observar cómo el chavismo ha negado la historia y demolido las instituciones, sometiendo al país a sangre y fuego, plantando miles de postes de la ignominia y sembrando de sal el terreno de la democracia. Solo faltaría en esta trama la aparición inesperada de un *deus ex machina* que diera un giro final a este drama.

Daniuska González González

¡Vaya coincidencia! Mientras pensaba en cómo armar este texto me di cuenta de que mis aproximaciones al ensayo fueron, precisamente, a través de escritores que ocupaban el género con la holgura de sus propias letras: desde mi descubrimiento de *Analecta del reloj* (1953) de José Lezama Lima a través de la mano forjadora del maestro cubano Salvador Bueno; hasta *El arco y la lira* (1956) de Octavio Paz, en aquellos seminarios impartidos por Rafael Fauquié, autor clave del género en Venezuela, en la maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar. También, en este mismo espacio, llegué a la obra de Mariano Picón Salas a través de la pasión de otro ensayista, Cristián Álvarez. Así que mi experiencia lectora partió y se desarrolló con la guía de ensayistas, todo un lujo.

Porque, a diferencia de la narrativa, no es un formato favorecido por los lectores. Tampoco es un género de cierto (y desviado) culto como la poesía. Al contrario, ha permanecido como en un tercer plano, diría que telonero, muchas veces subsumido por la escritura académica y su “mal de *papers*” que contrastan su exposición textual por derecho propio, asentada en la reflexión constante de un “yo” íntimo alrededor de un objeto, tema o sujeto literarios, entre otros ejes, ofreciendo claves para construir una cosmovisión estética totalizante que, como Paz notó, “trata de contestar a esa pregunta que un día nos hicimos y que, hasta no recibir respuestas, no cesa de agujonearnos” (*El arco y la lira*, edición 1979, p. 7).

Del párrafo anterior se desprenden antecedentes sólidos en el panorama ensayístico venezolano, desde Andrés Bello, Teresa de la Parra y Arturo Uslar Pietri, por citar tres autores ineludibles, y que, para mi experiencia como lectora, conducen a títulos entrañables como *La ciudad de los techos rojos* (1947) de Enrique Bernardo Núñez, los *Ensayos* (aparecidos en 1967) de Andrés Mariño Palacio, *El dios de la intemperie* (1985) de Armando Rojas Guardia, *La refiguración del viaje* (2004) de Victoria de Stefano y, más recientemente, *País fuera de servicio. Venezuela de Chávez a Maduro* (2020) de Paula Vásquez Lezama. Libros que demuestran, como joyas del género, un conjunto de reflexiones e intensidades para entender(nos) desde la fractura y la herida social, el ser de la escritura, y la tensión, nunca superficial, entre estética y política; hasta aquellos paisajes íntimos o urbanos—prolongaciones espaciales de la interioridad—, y la nación como *constructo-en-obra*. No está de más reiterar que el ensayo se conforma desde una subjetividad personal hacia una cosmovisión colectiva. A partir de esta última idea vale releer este género, o descubrirlo según el caso, pero, sobre todo, continuar visitándolo como aquel refugio seguro al que se vuelve para tratar de responder (o, al menos, intentarlo) esas preguntas que *agujonean* nuestra vida (y no solo la vida como lectores).



ANDRÉS MARIÑO PALACIO / ARCHIVO



MARIANO PICÓN SALAS / ARCHIVO DE FOTOGRAFÍA URBANA

Enrique Alí González Ordosgoitti

Hay que volver a MAS

En 1975, yo estudiaba simultáneamente en la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV y Folklorología (una rama de la Antropología Cultural) en el Instituto Nacional de Folklore (INAF). En ambos centros de estudios, el antropólogo Miguel Acosta Saignes (venezolano, 1908-1989) era considerado un verdadero maestro de las ciencias sociales.

Plenamente conocedor de los trabajos previos de recolección sistemática de nuestra cultura oral tradicional, realizados por los sacerdotes cronistas, desde los siglos XVI, XVII y XVIII y por los civiles y religiosos incorporados desde finales del XIX y comienzos del XX.

Conocía esa tradición y los productos realizados y quizás por eso se decidió a estudiar Antropología en la UNAM, México, en el primer tercio del siglo XX, en donde funcionaban las escuelas antropológicas más importantes de Iberoamérica. Y luego regresa a Venezuela para convertirse en el gran reformador de la mirada antropológica de lo venezolano, de lo histórico-antropológico, de lo etnohistórico, de lo antropológico rural y urbano.

Pudo distinguir, estudiar y relacionar las tres principales corrientes de las culturas tradicionales en Venezuela (la indígena –su lore–; el folklore venezolano de la comunidad criolla y de la comunidad negra) y el folklore portugués trasplantado a nuestro país.

Demostó una enorme capacidad para reconstruir la etnohistoria de nuestros indígenas en los siglos XV-XVI y propuso la constitución de áreas culturales, para entender la organización precolombina existente en el momento del encuentro con los españoles, que aún hoy sigue teniendo aceptación en el mundo científico.

Quienes pudimos estar presentes en algunas de sus conferencias podemos dar fe del poder de convicción de su

palabra recia, firme y sabia. Con una formación académica y un bagaje intelectual que lo convertía en un hombre del Renacimiento. Su palabra era un bisturí que diseccionaba la realidad, sin plasticidad, con solo la rigurosidad científica del cirujano.

Afortunadamente en 1985, a los 77 años (a solo cuatro de su partida), lee de viva voz lo que podemos catalogar como su testamento intelectual y de vida y lo lega al INAF, de donde obtuve copia que puede ser oída y descargada en estas direcciones:

-(1/3).-La voz de Miguel Acosta Saignes. El llanero en su copla y la edad cualitativa (30:07) <https://go.ivoox.com/rf/3277439>

-(2/3). La voz de Miguel Acosta Saignes: Blasina, mi maestra (19:44) <https://go.ivoox.com/rf/3277942>

-(3/3). La voz de Miguel Acosta Saignes: La copla enigmática (20:03) <https://go.ivoox.com/rf/3278000>

Pero si la obra de MAS nos dejó libros imprescindibles para conocer nuestra Venezuela profunda, tales como *Estudios de etnología antigua de Venezuela* (UCV, 1961), *Estudios de folklore venezolano* (UCV, 1962), *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (su tesis doctoral) y *Estudios en antropología, sociología, historia y folklore* (ANH, 1982), no menos importante fue su aporte al crear y dirigir los 8 tomos de los *Archivos venezolanos de folklore*, editados en la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, entre la década de los cincuenta y 1967, donde se convocaron a los principales folklorólogos de Venezuela y otros países y escribieron joyas que aún conservan su prístino brillo. Ojalá alguna institución los reeditara.

Para finalizar estas breves palabras, decimos que hace falta volver a MAS para obtener claves importantes sobre la Venezuela profunda, sobre todo ahora que tenemos dos Venezuelas: la de adentro y la de la diáspora.

Elisa Escovar León

En torno al ensayo venezolano

*Todo este mamotreto que emborrono, no es más que el registro de los ensayos de mi vida*¹
Miguel de Montaigne

“Acaso por salud estética y mental, para que no nos deje encorvados la historia, cada generación necesita hacer su propia antología”². Estas son las palabras en relación al ensayo venezolano que nos legó Mariano Picón Salas, en sus “Apuntes sobre el ensayo en Venezuela”.

Señala a Oviedo y Baños como el primero que trabaja la prosa con segura conciencia artística y ordena con suave e idealizada gracia su galería de paisajes y retratos. Entre las exageraciones y la hinchazón de la época barroca su estilo suena a música de pastoral. Ello es así, aunque haya nacido en Bogotá y se haya educado en Lima, por llegar en verde edad a Caracas y haber arraigado firmemente en la tierra, es el más antiguo de los escritores caraqueños, escribe Picón Salas.

A la luz del valle de Caracas, a lo apacible y despejado de su cielo, a la templanza del clima, dedica algunas de sus mejores páginas. Y es a esa referencia al leve clima de Caracas que debo mi evocación de la prosa de Oviedo y Baños, que junto a la majestuosa presencia del Ávila, son mis símbolos de la eterna presencia de la patria.

En el mismo texto, don Mariano, como le llamaban afectuosamente sus amigos, se refiere al tiempo cuando ya desvanecida la *belle époque* y transcurrida la Primera Guerra Mundial señala otra generación en el arte de contar: Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra, Teresa de la Parra³. En tan magníficos y contrarios libros, Venezuela está clamando a la vez, su esperanza, su utopía o sus horas de frustración.

Comenta Picón Salas cómo Venezuela para entrar en la vida moderna tenía que hacer un entierro de primera clase. Había aparecido ya *Cubagua* y *Las lanzas coloradas*. Antonio Arráiz, había salido de la cárcel con los desgarradores apuntes de *Puros hombres*. Otero Silva habrá de contar en *Fiebre* su desolada aventura de conspirador veinteaño.

Para concluir su Introducción, el autor dice que desea recoger en su itinerario la muestra de los más jóvenes, donde José Oviedo y Baños, abuelo de todos los escritores venezolanos, los está bendiciendo.

Continuaré en mi selección de ensayos venezolanos con el de una autora correspondiente a los escritores postmodernistas, generación de 1920. Me referiré al ensayo de Teresa de la Parra titulado *Vicente Cochocho*. Comienza la autora dicién-

do cómo las debilidades, deficiencias o imperfecciones del alma, como las de casi todas las almas, son bastante numerosas⁴.

Teresa de la Parra expresa cómo una debilidad que apenas asomó su cabeza en su rebaño es aquella que designan hoy con esta palabra de origen anglosajón: *snobismo*. “No yo, no soy ni he sido *snob*, sino acaso una que otra vez con indolencia y desganado. Como tal debilidad es al fin y al cabo una gran fuerza, el no ser *snob* me desprestigió muchísimo en la consideración de las gentes, las cuales solo buscan y exaltan al que bien sepa aplastarlos bajo el peso de una vanidad aparatosa y estéril”⁵.

“Este exordio es para decir a ustedes que siendo una *antisnob* con la vida salpicada de pequeños fracasos, no me avergüenzo de presentarme en público al lado de personas imprestables o mal vestidas. Acabo de hacerlo, sin que ustedes lo sepan, al encabezar este capítulo así. ‘Vicente Cochocho’, quien lo confieso sin ambages, andaba peor que mal vestido”. Continúa pidiendo que piensen indulgentes que las personas más imprestables son generalmente las más interesantes.

Más adelante en el texto la autora dice que a más de ser maestro en filosofía y ciencias naturales, a más de ser tocador de maracas, peleador de la acequia, emburrador del trapiche y deshierbador de lajas, Vicente era médico, el boticario y el agente de las pompas fúnebres en Piedra Azul. Era además militar y militar de gran genio. Pero, “la gloria no se ofrece sino al que la solicita” opinaba un amable sabio⁶.

Y, en el aparte, “Últimas promociones”, he seleccionado al ensayista Ramón Escovar Salom, en su trabajo titulado *El país visible o la República de 1830*.

A tal efecto, dice, Ramón Escovar Salom, que la República de 1830, haciéndole honor a su época, es una apología de la ingenuidad verbalista, de la fe confusa en un orden civil respetuoso y respetable. Era un poco aquella soñada “sociedad civil” de la que hablaba el Libertador. No se discuten los problemas económicos de la República naciente, no se disponen los materiales adecuados para levantar el nivel de masas plebeyas que en la Independencia habían despertado de su atavismo y ya anteveían confusas ideas igualitarias. Dentro del espíritu del mestizo comienzan a despertarse nervios que permanecieron dormidos en tres siglos de esclavitud colonial y tales energías reprimidas irían a dar volumen a ese despertar de escorias que fue la revolución federal⁷.

A continuación sostiene que la

Constitución de 1830, alta cumbre ideológica de una república ficticia, era por eso solo una parcialidad de la regulación posible en este país⁸.

En 1858 termina el predominio de la ciudad en Venezuela. Desde ese momento, la fuerza territorial, la llanura primero y luego la montaña, caerán sobre la nación e impondrán su sello característico a las realidades políticas⁹.

Antes de concluir me referiré a lo que he pretendido trazar en mi selección expuesta en estas pocas líneas, *lo afirmativo venezolano*, expresión de Augusto Mijares¹⁰, para señalar la necesidad de una antítesis al empeño de regar esterilidad sobre el suelo de la patria.

Dice, no es difícil observar cuando uno de esos Narcisos –Narcisos por la autocomplicación egoísta– aparenta lamentar que Venezuela hizo tal o cual cosa contra Bolívar, Miranda o Bello, es porque el mismo quiere señalarse como un Bolívar, un Miranda, o un Bello incomprendido. Y, cuando habla de que todos los venezolanos somos ingratos o corrompidos o frívolos, solo le interesa ponerse a sí mismo como paradigma de las virtudes opuestas¹¹.

Y, finalmente emulando al maestro Rafael Cadenas, así: quisiera que estas pocas líneas fueran testimonio de un recio amor, mi amor a Venezuela. De lo que hemos sido, de lo que somos, de lo que podemos volver a ser.

- 1 Miguel de Montaigne. *Ensayos escogidos*. Prólogo Juan José Arreola. Universidad Nacional Autónoma de México, México 1978. (Ensayos III, xi)
- 2 Mariano Picón Salas. *Antología de la prosa venezolana. Dos siglos de prosa venezolana*. Selección de Mariano Picón Salas. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1965. Pág. VII
- 3 Ibid. Cfr. Pág. X
- 4 Ibid. Cfr. Pág. 571
- 5 Ibid. Cfr. 571
- 6 Ibid. Pág. Cfr. 580
- 7 Ibid. Cfr. 1160
- 8 Ibid. Cfr. 1167
- 9 Ibid. Cfr. 1170
- 10 Augusto Mijares. *Obras completas*. Tomo IV. 1ª edición, 1998. Página 25.
- 11 Ibid. Cfr. Pág. 26

BIBLIOGRAFIA

- 1 de Montaigne, Miguel. *Ensayos escogidos*. Prólogo Juan José Arreola. Universidad Nacional Autónoma de México, México 1978.
- 2 Mijares, Augusto. *Obras completas*. Tomo IV. 1ª edición, 1998.
- 3 Picón Salas, Mariano. *Antología de la prosa venezolana. Dos siglos de prosa venezolana*. Selección de Mariano Picón Salas. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1965.

Eugenia Arria

De casas y sepulcros

Creo que toda persona migrante se ha preguntado al menos una vez qué significa estar en casa. Tal vez en la fila interminable de la oficina de migración, en la sala de espera de un médico que no habla tu idioma, en un bus lleno de rostros ajenos, en las cenas en el suelo o en la mesa que recién compraste en el IKEA. ¿Qué es una casa? ¿Qué la hace *mi casa*?, son preguntas que pueden asaltarnos en cualquiera de esas labores solitarias. El día en que este cuestionamiento caló en mí, casi de forma obsesiva, fue el primer día que llegué a Noruega y descubrí que el edificio donde viviría por los próximos dos años se erigía en el centro de un cementerio enorme. No entendía a quién se le podía ocurrir la idea de construir un edificio habitable entre tumbas, sin faroles alrededor y apenas vecinos... vivos. Decidí, casi por inercia, leer cuatro o cinco epitafios al día y comencé a fantasear sobre las historias que, ahora, circundaban mi nueva casa. En medio de ese ritual cotidiano, recordé a Hanni Ossott y sus poemas sobre la casa familiar, su comunicación interminable

con Rilke y sus ensayos inspirados en Heidegger y Bachelard; todos autores, de una manera u otra, de la casa. Tomé el libro *Cómo leer la poesía* (2005) y lo abrí como se abre un texto sagrado, con la fe de que las próximas líneas serían exactamente lo que mi espíritu necesitaba. Así fue: apareció ante mí “Memoria y alma de la casa” en donde Ossott habla de la casa como un espejo de almas, una gran huella en la que todos los tiempos se recogen para albergar nuestro interior, pero también para soñar y crear eso que somos. Pensé en la casa de mi abuela en Maracay, en la de mi madre, en la de mi tía en Caracas, en la de Madrid, y en todas las casas que llevaba conmigo a cuestras y que no se parecían en nada (o eso creía) a la del presente. Más allá de los acuerdos y desacuerdos, el ensayo de Ossott me hizo hacerme más preguntas, ir a otros autores y, sobre todo, reconciliarme con mi casa en Noruega. Comprendí, finalmente, que esta era un gran receptáculo en el que mi pasado acogía mi porvenir como un sepulcro cuyo epitafio está por escribirse.



HANNI OSSOTT / ©VASCO SZINETAR



OCTAVIO ARMAND / ©VASCO SZINETAR

Francisco Suniaga

Si algún investigador se dedica a estudiar de manera sistemática los ensayos literarios de los escritores venezolanos desde el siglo XX hasta el presente, se revelaría ante él un concepto vasto y profundo, muy próximo a la realidad inabarcable que hemos sido como nación. Los textos develarían la trama y urdimbre ontológicas de esta Venezuela confusa y contradictoria, hecha a golpes de hacha y machete y, cómo no, también con finas tallas de laboriosos ebanistas. En síntesis, ese hipotético indagador hallaría la esencia de lo que somos, tal como somos, con lo poco o mucho que hemos podido construir o destruir.

A lo largo de ocho décadas y dos años, el *Papel Literario* de **El Nacional** ha devenido en uno de los archivos más notables de ese pensamiento introspectivo del país, asentado por sucesivas generaciones de escritores. Cada ensayista que alguna vez cooperó con su corpus ha contribuido también a la consolidación de una hermosa y longeva institución: un medio de divulgación cultural empeñado en crear y mantener un espacio donde cualquiera pueda expresarse sin constreñimientos. Ese empeño lo llevó incluso a recurrir al exilio como escape ante la destrucción; es alto el costo de defender la libertad, y lo pagan tanto quienes se van como aquellos que se quedan. Tras la aparición semanal de cada *Papel Literario* está el esfuerzo invisible de innumerables venezolanos cumpliendo múltiples tareas esenciales —a veces tan sencillas como reenviarlo a un amigo por las redes— para mantener abierto ese espacio para la libertad.

Como es sabido, en el territorio venezolano esa apertura dejó de existir. No ha sido la primera vez. A pesar de que las circunstancias difieran de las dictaduras del pasado, los dilemas de vivir bajo el yugo de los déspotas siguen siendo los mismos para los escritores: la autoalienación, el silencio, la cárcel o el exilio. Forzados a escoger, muchos han salido a buscar en otras sociedades el ámbito en cuya atmósfera puedan expresar libérrimamente su pensamiento. Escribir, aunque sea desde otra tierra, se convierte entonces en un acto de resistencia y, al mismo tiempo, en un acto de fe. Una fe que no requiere certezas políticas, porque basta la convicción profunda de que llegará un tiempo en el que el espacio sacrosanto de la libertad sea restaurado en Venezuela. Ambas —resistencia y fe— alimentadas por la esperanza de que ese tiempo vendrá más temprano que tarde.

George Galo

A Octavio Armand le llamé alguna vez así: el logos más acuático. Como si él mismo fuese la isla que es no sus orillas sino el agua que, extendiéndose, la delimita, como un mapa inverso donde leyéramos el hueco y no el contorno.

Me interesa ese paisaje común que él ha referido al haber perdido *su país pero no su paisaje* como aparato conceptual: el archipiélago que es Caribe al tiempo que heleno y nipón. Es el destino de entender el agua como una comunicación —y algo más que comunicación— que puede unir en navegación —aun al garete— de un mismo plano que se desparrama en equidistancias nunca idénticas e improbables. Aunque la palabra escrita y la oral son esencialmente distintas —acaso, incluso, contrarias—, en Armand sentimos cómo vive lo que

Gregory Zambrano

Perseguir una idea

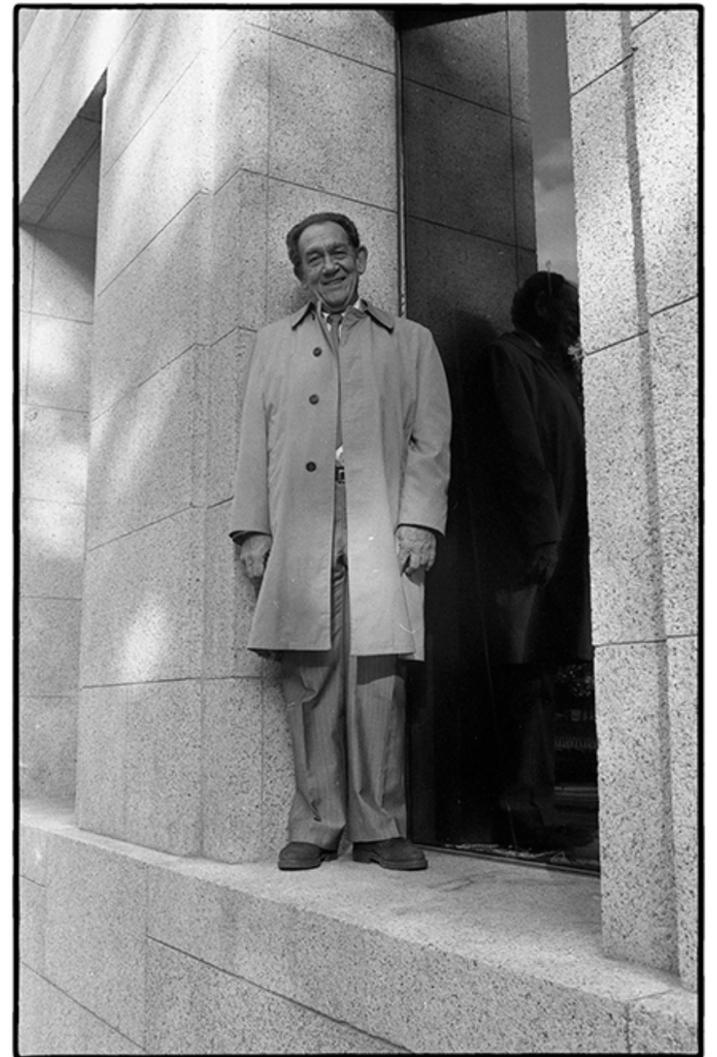
Cuando acudo a los ensayistas venezolanos del siglo XIX, con frecuencia encuentro ciertas constantes que van, por un lado, en el camino de definir la materia misma de lo que exponen y por otro, ofrecen matices autorreflexivos en sintonía con las expectativas de perseguir una idea y problematizarla. Esto abre las compuertas a las dudas, que han sido desde siempre, el impulso hacia el conocimiento. Las respuestas suelen llegar de manera no concluyente, como debe ser. El ensayo “Europa y América” (1839), de Fermín Toro, posee una carga emocional deslumbrante al momento de expresar sus conjeturas sobre lo que les espera a los Estados nacionales en ciernes, que deben consolidar sus haberes en señal de autosuficiencia y madurez para enrumbar su independencia.

Así también el ensayo epistolar “Cosas sabidas y cosas por saberse” (1856), de Cecilio Acosta. Escrito en una prosa pulcra, con ideas luminosas, lleva la intención de educar, de formar, de ofrecer respuestas desde una perspectiva filosófica. Si vamos a “La poesía lírica en Venezuela” (1894), de Pedro Arismendi Brito, encontramos la necesidad de hacer un registro sumario: circunscribir temas y formas con la idea de que la poesía aún es un género en eclosión y sus oficiantes están dispersos.

Resalto estos tres nombres de la

etapa formativa de la nueva nación y pienso en los ríos de dudas que fluyen hacia el siglo XX y procuran conexiones emotivas y urgentes de cara a los retos de explicar los derroteros del país. Así podríamos agregar las filiaciones intelectuales que integran a una especie de familia de pensadores que se va pasando el testigo, en ese proceso de asumir dudas y perseguir ideas. Llegamos ensayos como “Profecía de la palabra” (1947), de Mariano Picón Salas o a *Mensaje sin destino* (1952), de Mario Briceño Iragorri, a *Caminos de la prosa* (1953), de Juan Liscano o a *Bajo el samán* (1963), de Enrique Bernardo Núñez. Más cercanos, en esa contemporaneidad elástica, nos topamos con Eugenio Montejo y *El taller blanco* (1983), a Rafael Cadenas y *En torno al lenguaje* (1985), a María Fernanda Palacios con *Sabor y saber de la lengua* (1987) y a Domingo Miliani con su *País de lotófagos* (1992).

Me detengo en esta evocación cronológica de ensayos y libros ejemplares. Es un apretado recuento que omite nombres involuntariamente. Muchos otros autores orbitan, están presentes en mi gratitud por los buenos momentos de lectura que me han obsequiado, por sus reflexiones sobre Venezuela, el lenguaje y la escritura, por perseguir ideas y ofrecer, más que certezas, dudas estimulantes.



DOMINGO MILIANI / ©VASCO SZINETAR

Francisco Javier Pérez

Elegía a la muerte de Rex

La melodía traza el instante en que todo vuelve a las sombras en recuerdo del pasado más triste. La debilidad del corazón se hace igual a la del cuerpo pequeño y frágil que quiso crecer y no pudo. Su tiempo fue el máspreciado del planeta, pues no sabía que muy pronto ya se le iría a acabar. Pasó como un poema. Pasó para hacernos recordar la felicidad del instante. La reina Gea fue su madre. El amor entre ellos fue la más perfecta unidad del universo. Hoy sufre ella la soledad de tu partida. Cada día al amanecer y cada tarde en las sombras la belleza más grande fue ver tu imagen. Fuiste el amanecer de la mañana y fuiste el amanecer de la noche. Fuiste siempre un amanecer. Creciste de la nada y a la nada te fuiste a crecer. Al nacer anidaste en mi corazón. Y en mi corazón sigues estando. Desde él te escribo esta elegía por la prontitud de tu muerte. Naciste y moriste para acompañar a los otros. Hoy, mi Rex, estás contigo, los dos “Ringos” negros, la “Queen” de azules tonos como los tuyos, los minúsculos gemelos “Werther y Lotty”, “Midas” (el que fue visitado por los de-

monios) y “Dante” y, finalmente, el aviador “Mike”, de ojos imborrables. Descansen todos en la paz de mi corazón. ¡Adiós, pequeño rey!

[Este texto forma parte de un ensayo en proceso, titulado “Zooliteratura”, que reúne notas de referencia general con aproximaciones personales a la literatura sobre animales o en la que ellos, domésticos o no, son parte del argumento o justificación para su reflexión. Las notas hacen acopio de situaciones a partir de Homero, Byron, Goethe, Melville, Poe, Flaubert, Michelet, Jacobs, Maupassant, Stevenson, Darío, Borges, Steinbeck, London, Quiroga, King, Ayala, Saramago y Rojas (don Arístides escribió uno de sus más cautivadores ensayos sobre los animales meteorologistas), por solo mencionar algunas muy sugestivas. Nuestra literatura, tan afectuosa con la naturaleza animal, se arrendará en los temas de zamuros, gallos, cunagueros, zancudos, serpientes, morrocoyes, sapos, alacranes, cocodrilos (inolvidable invención roja la de Eduardo Liendo) y, por supuesto, cucarachas. El ensayo permanece inédito]

Geraldine Gutiérrez-Wienken

El uso de la locución adjetiva “libro de cabecera” revela una relación afectiva y casi devocional con ciertas obras que repercuten en la relación que tenemos con nosotros y con el mundo que nos rodea. El atributo “de cabecera” implica una integración de la obra a la vida íntima, como guía constante en nuestro trayecto intelectual, espiritual, así como creativo. Me interesa, entonces, ahondar en el principio o la cabecera que rige y motiva nuestra dedicación a ciertas obras. Lo sé, intento comprender lo irracional. Se trata de repensar afinidades literarias y artísticas vinculadas a nuestro desarrollo psíquico-intelectual, en tanto que aluden a asuntos o fragmentos biográficos de origen. Pienso que ciertas obras nos atraen porque procuran y encaminan mucho más que historias, lenguajes, ritmos o formas. Lo inverificable de esta suma es directamente proporcional a sus prolongados y transformadores efectos: curas y caminos creativos.

En este sentido, el breve ensayo *Cultura y sosiego* (1955) de Mariano Picón Salas, sobre los valores espirituales del buen leer, resuena con mi experiencia como lectora, escritora y traductora. Atenta al desborde lingüístico-existencial (duda, interrupción, arritmia, opacidad). Atenta al simulacro, al silencio psíquico o, según Picón Salas, al “combate interior”, al

“drama espiritual” que vivieron los autores de las obras que me cautivan. Escrito a propósito de su encuentro con futuros pedagogos de la Universidad de Columbia, especializados en métodos de lectura rápida, el ensayo critica la concepción puramente informativa de la cultura y enfatiza que “el encanto de una buena lectura no consiste únicamente en la fórmula de conocimiento teórico que pueda ofrecernos”. Importan “los caminos de reflexión y perplejidad” que condujeron a ciertos autores a concebir sus obras. Importan la lectura sosegada y “la entrega total a lo que se estudia”.

Pienso en dos poetas. Hanni Ossott se “entrega al tanteo poético. Al tanteo de lo que llega”. Y cuando llega la otredad, dice: “le doy a cambio la palabra, los rezos, la letanía, los ritmos... solo para saber qué es. Solo para hacerla hablar”. Hofmannsthal, en aras de sentir la mera existencia, renuncia al lenguaje lírico. En adelante, se dedica a escribir solo ensayos y coloquios ficticios sobre poesía y arte, cuya intensidad revela, aún más, su anhelado afán de caer-en-sí, de experimentar un estremecimiento lingüístico-existencial. En otras palabras, alcanzar que la vida vaya delante del arte, no detrás. He ahí lo que nos cautiva. El origen del asombro.

se reitera entre ellas —que la palabra abra, diríamos en su tono. A Octavio le importa el eco, aquel del atlas; ahí donde la arena deja de ser tal y es pura ola llana, donde opera vivamente la apertura.

Han insistido las más contemporáneas ciencias ocultas sobre el alma que el pensamiento delirante es una sumatoria de imágenes sobre imágenes —que no símbolos (o palabras). El *collage*, en fin. Revolución de las distancias, donde todo lo distante queda inmediato —donde no existe ya el tiempo—, la idea/idioma en Armand es su intento que enuncia su uso del español como una lengua muerta que debe revivir con juegos. *Collage* y *décollage*, como nuestra propia memoria y nuestros sueños, escritura de la sorpresa, donde entendemos que las

rutas del agua entre las islas configuran el único drama del destierro: cómo se puede hablar.

Eso me sigue guiando siempre entre la escritura de Armand: “escribir mal para que se nos entienda”. Notión perfecta de la poesía. Como ensayista —donde no le faltan galvanizaciones erróneas o erráticas del decir— lo que Armand nos enseña es a leer mal para entender bien. Esto es ser pez-poeta: ensayar un entender el mundo desde el archipiélago y la acuosa facultad del logos, de la insular necesidad de irse y volver(se). Entonces hace —y termina— en *collage de pez*: se juega con el logos hasta que se ponga serio. Jugar para llegar al otro lado de sí, donde todo es agua para otra orilla, navegable solo en la cola de *page* o haciendo cola de *pêche*.

Harrys Salswach

En el Museo del Prado se exhibe, en préstamo, *El gabinete de arte de Cornelis van der Geets*. Es un cuadro pequeño, se trata de la casa de un coleccionista de pinturas; también hay otros objetos como moluscos, porcelanas, monedas, estatuillas, globos terráneos, floreros, libros. Una forma de mostrar lo querido y atesorado a quienes aprecian y comparten aficiones. Se puede ver al propio Cornelis señalando un cuadro de Quinten Massys mientras la otra mano la lleva al corazón, esa quizás sea la pieza más amada de su repertorio. Estos gabinetes son pequeños mundos de alcoba abundantes de relatos desde los cuales se puede echar a andar por caminos insospechados.

Así he mirado los ensayos *Satisfacciones imaginarias*, de Francisco Javier Pérez. Alegría, felicidad, gozo, deleite, belleza. Son las complacencias y afinidades del académico cuando lee en el sillón de orejas y no en el escritorio de trabajo. No son miniaturas—estas pueden ser solo exhibición

de habilidades y destrezas—, no, estos brevísimos ensayos son vidas minúsculas como las de Michon, imaginarias como las de Schwob, infames y universales como las de Borges, evocadoras como las de Uslar Braun y su centena de hombres y, si me apuran, como las célebres de Vasari.

En cada pieza una dicha, un asombro, un homenaje, un descubrimiento, una celebración. Son las mínimas grandezas de un lector coleccionista que retrata las grandezas mínimas de singulares poetas, novelistas, compositores, filósofos, pintores, historiadores, científicos, emperadores, ciudades, cementerios..., me gusta pensar que las escribió a mano, como si estuviese al piano. Con una elegancia decimonónica, una riqueza expresiva al borde de lo barroco (hubiese sido un regocijo el desbordamiento), cada ensayo se resuelve en sí mismo y es fuga del anterior, así se leen una y otra vez, como el coleccionista que, en casa, enseña lo atesorado.



FEDERICO VEGAS / ©VASCO SZINETAR

Helena Arellano Mayz

Detuve el carro en la acera. No se podía entrar. Me quedé mirando los techos de un conjunto de casas en La Boyera que habían capturado mi atención. Al preguntarle a un arquitecto si conocía quién las había diseñado, contestó: Federico Vegas. He de confesar que tengo debilidad por la arquitectura, y por los arquitectos. Alguna vez quise estudiar la carrera. Me he limitado a observar, visitar, leer y dibujar algún garabato sobre una servilleta. *La ciudad sin lengua* (Editorial Sentido, Caracas, 2001), de Federico Vegas, constituye su primer compendio de *essais*—intentos en el género acuñado por Montaigne. Si para el autor francés el sujeto de su libro fue sí mismo, este venezolano reflexiona sobre su oficio, esboza una visión de su ciudad, al desvestirse de su traje de arquitecto. Su maestro de obra Ferro “conocía bien [su] naturaleza dada a buscar enseñanza en lo cómico y ordinario, en ‘los juegos marginales de la imaginación desordenada’, en esos saltos cuando lo que está al margen brinca al centro”. El cuento de los “interiores limpios”, como referencia constructiva, le reveló al autor el caudal de intimidad y pudor que exige la arquitectura; y al lector le apunta los caminos que elige el escritor al abordar sus temas. Suele adentrarse por un costado, una tangente, a través de una anécdota, un chiste, una referencia musical o gastronómica, Federico sirve la mesa para obsequiar lo que ha cocinado en su mente, brindando también la dosis de tripas que exige el proyecto de su escritura para serse fiel. Con la tensión—aparentemente desconcertante—que otorga un arco amplio y distendido de asociaciones libres, graciosas, recurrentes, etimológicas y cultas: juntar la ópera *Norma* y la normativa urbana; o a un niño que espera que el Ávila se cubra de nieve, sus

tías, un témpano color helado de yuca y el edificio Four Seasons, entre tantos otros ejemplos, Federico escribe como si estuviera echando un cuento de un caballo, al hablarnos sobre una Caracas *sin lengua*. “La ciudad [...] ahora es un caballo recostado contra el Ávila. El hocico muerde a Catia, una pata delantera se alarga al oeste y su casco pisa Antimano, el otro casco avanza hasta El Valle. De las traseras, hay un casco en Baruta y otro que se esfuma hacia El Hatillo. El caballo tiene a Petare en los testículos y a El Marqués en el culo. La cola se alza como si galopara señalando a Guaremas. Justo en su corazón reside la vieja trama colonial y la plaza Bolívar. Como buen herbívoro, guarda en el estómago al Parque Los Caobos y al Jardín Botánico”. Con piruetas, cambios de registro y tono, lanza la flecha, echa a correr el animal hasta alcanzar la meta de haber despertado interés, duda, reflexión. Si al arquitecto lo persigue su entrenamiento, su arte de llenar vacíos, él ha intentado colmarlos—calmarlos—trazando sus inquietudes en palabras e invitando a pensar en un lenguaje propio para su ciudad, la deseada. ¿Cuál alfabeto heredamos y cuál asumimos?, se pregunta, ¿cuáles letras forman nuestras verdaderas palabras, y a qué precio? “Si en arquitectura la forma, aparte de relacionarse con una función, es, en sí misma, expresión”; mediante ensayos, el escritor ahonda en los temas que lo afligen, con una singular tesitura de aparente liviandad. A mí, me ha enseñado a ensayar, *faire l'essai*, en el arte de darle ligereza, insuflarle brisa a mi escritura. Sobre todo, al leerlo, me ha enseñado, con ternura, a querer más a Caracas.

Un gran número de ensayos de este libro se publicaron en *Ciudad vagabunda*, Federico Vegas, Libros El Nacional, 2014

Héctor Torres

Se le presenta como un poemario, y lo es, pero por una razón que desborda la forma. El título es toda una provocación: *Haz ruido con mi ataúd*. ¿Qué atmósferas acecharán en sus páginas?

Apenas uno se adentra en ellas, comienza el desconcierto. La etiqueta “poemario” acaso atiende la inevitable convención que necesitan los lectores para satisfacer cierta expectativa. Para entender el espíritu con el que se debe acometer. De inmediato el lector entiende que se trata de un maravilloso paseo por la inevitable costumbre humana de complejizar su naturaleza, gestando con ello una vasta galería de belleza y horror: Materiales que Manuel Llorens, con enorme agudeza y sensibilidad, aprovecha para hilvanar un breve y hermoso ensayo sobre algo que es, al mismo tiempo, artificio humano y expresión natural: el baile y la música, y sus necesarios opuestos: la rigida quietud de la muerte y el silencio que la acompaña.

Llorens se vale de diversas formas (la poesía, la historia, el ensayo, el aforismo, el registro psicológico) para invitarnos a pensar en algo tan ubicuo como ignorado por la aplastante costumbre: esa potente capacidad de la música de tomar nuestro ánimo y gobernar nuestro cuerpo.

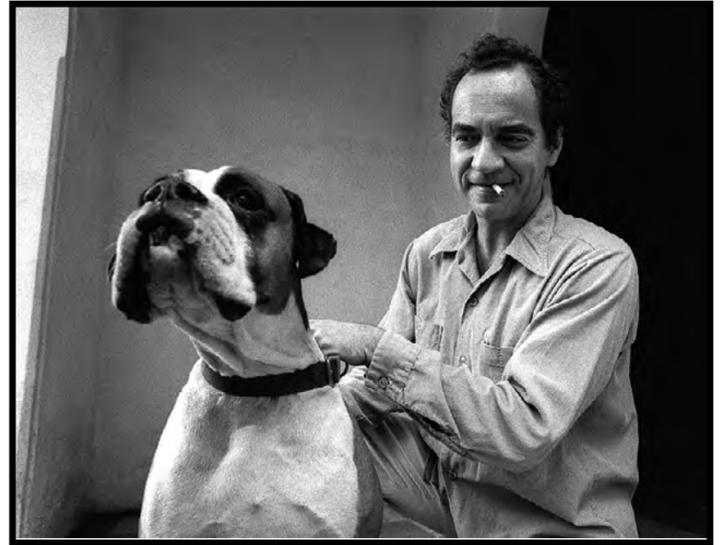
La música (y con ella, la danza) es parte intrínseca de nuestra historia. Es emoción contenida en nociones abstractas e inasibles: notas, cadencias, melodías. Es una magia que, sin presencia física, expresa el espíritu humano como ninguna otra invención humana. No en vano, Walter Pater sentenció que todas las artes aspiran a su condición, que es forma pura. Y Llorens, emulando esa condición del tema en cuestión, elude toda forma preconcebida para ofrecernos, de una manera tan compleja como amena, una reflexión sobre la música y su persistencia para residir en el recuerdo.

Al finalizar la lectura de *Haz ruido con mi ataúd*, se coincide, aun sin haberlo leído, con Benedetto Croce, cuando concluyó que los géneros son taxonomías útiles al estudio, pero ajenas a la creación. Y este título (como antes *Terapia para El Emperador*, del mismo autor) corrobora que la expresión literaria no debe preocuparse tanto en pertenecer a un género como en ofrecer una experiencia que comparta el deleite y la sensibilidad de observar al mundo que nos rodea con la atención que merece. Allí, finalmente, reside su condición de poemario: en proponer una mirada que, de tan asombrada ante lo que registra, es casi religiosa. Como la poesía.

Y la música.

Gustavo Valle

Siendo estudiante, acudí puntualmente al taller de ensayo que dictaba Guillermo Sucre en la Escuela de Letras de la UCV, donde leímos, entre otros autores, a Mariano Picón Salas. No leímos sus libros más reconocidos como *Comprensión de Venezuela* o *De la Conquista a la Independencia*, sino sus volúmenes autobiográficos: *Viaje al amanecer* y *Regreso de tres mundos*, que me resultaron fascinantes. Cuando llegó el momento del trabajo final, Sucre propuso que escribiéramos un ensayo de tema y extensión libres. Por aquel entonces yo era un joven que había perdido a su padre siendo niño, y esa ausencia había dejado en mi juventud una huella trágica y silenciosa. Cuando llegó el día de escribir el trabajo final, me rodeé de los ensayos autobiográficos de Picón Salas, y no encontré mejor tema (en realidad era una obsesión que secre-



GUILLERMO SUCRE / ©VASCO SZINETAR

Guillermo Barrios

Puntos de vista

En ocasión del interés que ha despertado la muestra de Marylee Coll en la Sala TAC (*Caracas frontal*, Trasncho Cultural, hasta el 15 de junio) se hace oportuna la mención a toda una experiencia del ensayo sobre nuestra ciudad que se expresa, no en palabras—una legión de autores y aproximaciones diversas—, sino en imágenes, a través de la fotografía, de la cual es referencia inescapable el maestro Paolo Gasparini (n. 1934).

Los ensayos visuales de Gasparini, independientemente del texto que puede haberlos acompañado en sus diferentes series, constituyen por sí solos verdaderos “puntos de vista” sobre la dinámica de la Caracas de su tiempo. Al lado de Paolo, y siempre desde el campo de la fotografía, Ricardo Jiménez (1951-2024), Gorka Dorronsoro (1939-2017), Luis Brito (1945-2015), Ramón Paolini (n. 1944) y Vladimir Sersa (n. 1946), han dirigido su lente con especial atención a la escena citadina, siempre con una íntima o evidente intención narrativa, en la que viandantes, rituales, letreos, carros, edificios, plazas, calles *et al*, son protagonistas.

Con la serie que ahora expone, Marylee Coll, desde su oficio de artista plástica, se inscribe en este legado del ensayo visual con un abordaje

muy singular. Sus “cuadros”, uno por uno y en su conjunto (casi medio millar de fotos conforman la muestra), ensayan una mirada franca—omitendo la pulsión narrativa y todo lo demás— a la casa y el edificio del común o la estructura inusitada que, como seres dotados de un alma propia, habitan la ciudad de Caracas.

Con este trabajo, Marylee se inserta también y más claramente en toda una facción del arte contemporáneo que arranca con los fotógrafos alemanes Hilla y Bern Becher (1934-2015 y 1931-2007) y deriva en el tiempo hacia Italia, con Gabriele Basilico (1944-2013) y a España, con Manolo Laguillo (n. 1953), por nombrar solo algunos de toda esta corriente autoral en blanco y negro de la ciudad vaciada de gente y de “lo social”.

A diferencia de estos artistas mencionados, Marylee se ha permitido el color en sus fotos y con ello agrega una emoción, un desparpajo, que aleja sus registros (que empezamos a apreciar, y darle el respectivo *like*, hace ya un lustro en Instagram), de cualquier intención de documentalismo. Pero su visión fresca no deja de guiar el ojo a la mente analítica del urbanista y los observadores de la ciudad. Un ensayo, sin duda, desde la visualidad.



CARACAS FRONTAL / ©MARYLEE COLL

La muerte del padre y la vocación literaria

tamente me carcomía) que la muerte de mi padre. Me puse manos a la obra y escribí quince cuartillas sobre esa ausencia prematura, sin sentimentalismos, acudiendo a pasajes de los libros de Picón Salas, procurando un tono reflexivo y tratando de ser lo más auténtico posible. Quería hablar de un dolor oprimido, y al mismo tiempo hacerlo con perspectiva literaria. Temblando de miedo puse en manos de Sucre aquellas quince cuartillas y esperé sus comentarios. A la semana siguiente me citó en la sala de profesores; sobre el escritorio estaba mi texto lleno de anotaciones, todas hechas con bolígrafo rojo. Sin embargo, no era lo que yo pensaba: de inmediato comentó con generosidad el texto, y las anotaciones en rojo no eran llamadas de atención sino pequeños párrafos inteligentes y elogiosos. Me felicité, y yo salí de allí como

flotando: el aspirante a escritor había recibido uno de sus mayores estímulos literarios. Además, escribir sobre la muerte de mi padre fue destapar algo que me atormentaba hacía años, y de alguna manera la escritura había permitido hacer las paces con esa herida. El ensayo, ese género literario tan ambiguo e indefinible, tan dúctil, fue el vehículo, y Sucre y Picón Salas mis baqueanos. Sin ellos no me hubiera atrevido a descender por los peldaños de las palabras hacia esas tinieblas íntimas, y entendí que la escritura y la vida compartían un mismo viaje imaginario. Con el correr del tiempo, aquellas quince cuartillas terminaron extraviándose, probablemente perdidas en medio de mis múltiples mudanzas, pero me quedó la memoria de su escritura anfibia y curativa, la lectura de Picón Salas y el taller de Sucre.



BÉLGICA RODRÍGUEZ / ©VASCO SZINETAR

Juan Carlos Chirinos

Cuando uno se sumerge en un ensayo, en un gran ensayo, a un tiempo se expone, recibe y se ofrece; juzga y aprende; crece y se asombra; duda. No creo que recuerde un solo ensayo entero, sino los retazos más brillantes que se han ido acoplado los unos junto a los otros para formar una gran colcha mental que constituiría una aproximación –opaca, pero feliz– de lo que yo creo que es un ensayo. Eso sí, puedo nombrar siquiera unos pocos de los que soy más devoto: el prólogo de Ángel Rama al volumen de la poesía de Darío, en Biblioteca Ayacucho; *El fiero y dulce instinto*

terrestre, de José Balza; *Viaje a las hormigas*, de B. Hölldobler y E. O. Wilson; *Lecturas no obligatorias*, de Wislawa Szymborska; *Los años alemanes*, de Francisco Javier Pérez o el espléndido *Las rutas de la seda*, de la historiadora española Eva Tobalina. En esos libros he sido otro y he sido ellos. He viajado miles de kilómetros y cientos de años desde la comodidad de mi escritorio. En esa fiesta de la palabra que es el *Diccionario etimológico* de Joan Corominas se explica que el vocablo “ensayo” proviene del latín *exagium*, “acto de pesar algo”, aunque aclara que suele entender-

se como sinónimo de comprobación, prueba e intento. Y, desde luego, hoy lo entendemos tal como lo concibió Montaigne cuando escribió –y bautizó con ese nombre a– los suyos. Pero no deja de ser curioso que a “pensar” y “pesar” solo las diferencie una letra, ese elemento *n* que resuelve todas las ecuaciones y nos da el sentido de la vida. Creo que el señor de la montaña no sabía el tesoro que nos legaba cuando usó ese milagroso vocablo para encabezar sus elucubraciones. Nos regaló un boleto de ida al universo inagotable de las palabras, que es donde todos deberíamos vivir.

Pensar y pesar

José Pulido

Hay un solo Rainer Maria Rilke. Todo lo que un poeta debería alcanzar lo alcanzó Rilke. Todo lo que un hombre debería ser para que el universo justificara la existencia humana lo encarnó Rilke. Hanni Ossott comprendió esta determinante conclusión en los veinte intensos años dedicados a estudiar el universo de las *Elegías de Duino*. Y puedo decir, completamente ansioso por tanta verdad, que hay una sola Hanni Ossott. La poesía habla por ella y traza una estela de barco descubridor desde Venezuela hasta los confines del planeta.

Yo la escuché. No solo la leí. La escuché. Entendí su libro *Cómo leer la poesía*, lo tomé como si pudiera tener su persona docente, femenina y poética de manera exclusiva con solo insertarme sinceramente en esas páginas. El libro de Hanni influyó para que

también me empeñara fervorosamente en la búsqueda de la verdad que hacía tan humilde y grandioso a Rilke. Ese libro desenredó la maraña que me envolvía cada vez que necesitaba entender lo que constituye y caracteriza a la indefinible poesía. No solo escuché su voz o su corazón. Escuché a la mujer que merecía tener verdaderas conversaciones con seres como Rilke o Virginia Woolf, porque su intelectualidad y espiritualidad iban más allá de un verso amoroso melifluido estancado en el lugar común.

En *Poemas a la noche*, Rilke inicia con “Trilogía española”, uno de los poemas más hermosos y hondos que se han escrito, sin duda alguna anunciando la elevación que vendrá en las *Elegías de Duino*. Y no es absurdo imaginar a Hanni recitando a solas en su cuarto ese poema, viviendo ese poe-

ma como si surgiera de su sangre. Esa pasión por la poesía más pura creó la suya. Y de rebote me ha entregado la claridad embriagadora para entender más y más esta circunstancia de la poesía, la inatrapable poesía, como mandato existencial. He agradecido a Hanni Ossott haberme enseñado sin tener el privilegio de ser su alumno; he agradecido la posibilidad de amar su voz sin haber disfrutado su cercanía amistosa, solo fui un conocido más, un lector más de su obra que representa una cima en la poesía latinoamericana. Y seguiré agradecido con ella por haberme presentado al auténtico Rilke a través de una admiración inédita. No dejaré de afirmar que su traducción de las *Elegías de Duino* contiene la afinación y el ritmo del corazón más inimitable de todos los corazones: el de Rainer Maria Rilke.

Hanni y la poesía

Humberto Valdivieso

No toda crítica de arte es un ensayo. Sin embargo, en ciertos momentos la crítica de arte se ha abierto al ensayo. Es el caso de Octavio Paz, Oscar Wilde, Charles Baudelaire, Guillermo Meneses y José Balza entre otros. Esto acontece cuando en el escritor hay la disposición de tejer, en un pensar de largo aliento, los desafiantes vínculos entre los signos plásticos, las teorías estéticas y los dilemas de nuestra condición humana. Logrando así integrar métodos, formas de pensamiento y expresión que, una vez juntos, son capaces de valorar el estado del arte desde su propia *auctoritas*.

Escribir un ensayo crítico sobre algún movimiento, artista u obra es una labor ardua. Un esfuerzo intelectual donde astucia y complejidad sostienen el frágil equilibrio entre mirada, ideas y palabras. Un modo

de reafirmar que el arte es una dimensión de la vida, un lenguaje con el cual nos hablamos desde tiempos inmemoriales y nos situamos en el mundo. Es, también, un tejido argumental complejo en el cual los enunciados plásticos se extienden al interior de un discurso literario. Donde belleza y responsabilidad intelectual resultan indiscernibles. Esto es algo que hemos aprendido de Bélgica Rodríguez, quien, además de dedicar su vida a enseñar dentro y fuera de las aulas, nos demuestra en infinidad de artículos de prensa, catálogos y libros que la buena pluma no está reñida con el rigor.

Esta venezolana, en su quehacer intelectual, ha forjado con honestidad una memoria crítica que sin duda recogerá la historia del arte de este siglo. Pero, más allá del inevitable destino de sus textos, quiero subrayar lo

que se nos revela en el instante de la lectura: una voz fraguada por la templanza y la dignidad. Un carácter que recuerda ciertas palabras de Octavio Paz: “La obra ya forma parte de mí y juzgarla es juzgarme”. Pues, hay en ella un compromiso innegociable con el arte, manifestado a través de un estilo tajante y cautivador.

La palabra de Bélgica tiene carácter. De ahí el sabor literario entretejido con la disciplina crítica. Nunca divaga a través de ideas sosas ni afirmaciones ambiguas. Desestima la anécdota, el comentario general y la valoración axiológica ingenua. En cada publicación se da a la tarea de ordenar las ideas, conceptos y perspectivas desde una racionalidad sugerente y retadora. Lo cual, le otorga a sus argumentos, en un sentido vitruviano, utilidad (*utilitas*) y belleza (*venustas*).

Joaquín Ortega

Nuño en un trago

Todos los libros que he leído siguen conmigo, pero de aquellos lugares donde los encontré, poco o nada queda en pie.

Cuando leí la *Veneración de las astucias* conocía a Juan Nuño por sus mordaces columnas en *El Nacional*. Cada entrega dejaba tras de sí una ristra de amasijos inservibles, demostraba la verdadera democratización de los golpes certeros a las supuestas bases de modelos y discursos de todos los tiempos. Enfilaba por igual contra Platón, contra las iglesias, contra la estupidez, contra el mal humor, contra todo dogma.

Si algo tenía era ese estilo tan propio, ulcerado y medido; esa forma de interpretar (y descoyuntar por igual) ideas y sistemas; llevaban golpes los productos culturales al uso, los lugares comunes, los conceptos y los argumentos de dudosa solución de continuidad.

Con Nuño profundicé en Orwell, en el psicoanálisis y el marxismo, en la teología de la liberación, en la importancia de las imágenes en movimiento, en el existencialismo, en la lógica y la semiótica, en Popper y en esa amistosa enemistad entre el método científico y la heurística.

Parecía que ningún tema le fuese ajeno y que al exponerlo lo hiciera de memoria en clave pedagógica y desconfiada a la vez. La forma de la ex-

posición, la estructura argumental y narrativa, la elección temática, el uso competitivo del lenguaje, las traducciones, la elección de las citas, prácticamente toda ensayística contemporánea vive en esas páginas. Nuño parcelaba el saber y lo interconectaba para dibujar el mapamundi que la *especulatio* requiere.

Repaso siempre con devoción la sucinta hagiografía de Heidegger, Kafka, Eco, Borges, Ortega y Gasset y los propios *tzadikim* venidos en nombre de Dios. Que el feminismo y Mahoma hayan sido objeto de su mirada (tal vez, imaginando su deriva panfletaria e imperativa) habla de su lucidez y de la escala de la modernidad como palestra para las voces, a través de la racionalidad contemporánea.

A pesar de haberse multiplicado la credulidad por encima de la suspicacia, Nuño invita al *sapere audio* kantiano. Ya, volviendo al principio: “todos los libros que he leído siguen conmigo, pero de aquellos lugares donde los encontré, poco o nada queda en pie”; aquellas librerías donde estaban las joyas de Nuño no existen: ni Ludens, ni la Librería del Ateneo, ni la Élite.

Lo que sí existe es un tipo de lector decididamente marcado por Nuño, uno que escudriña el origen de su propio escepticismo.

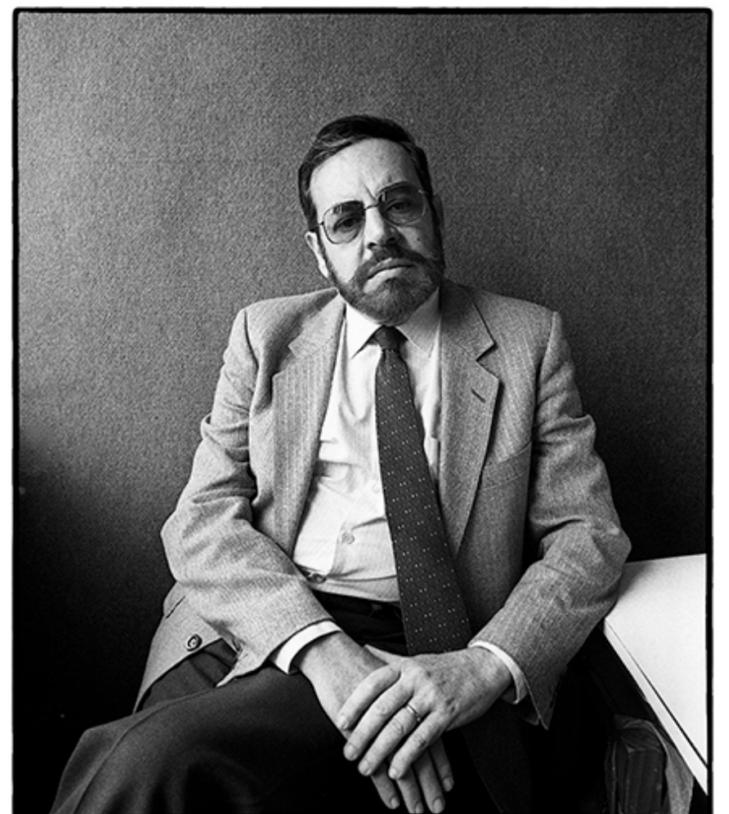
Jairo Rojas Rojas

Es cierto que los viajes agudizan los sentidos y, entre otras cosas, incitan a la formulación de interrogantes sobre nosotros mismos. *Viaje al amanecer* (1943), de Mariano Picón Salas no es la crónica de una geografía lejana, sino la transcripción de sus recuerdos de infancia en su Mérida natal, ya perdida entre las nieblas del tiempo. Por momentos, su mirada idealizada hacia ese ayer, que contrasta con su presente sumido en una vorágine de transformación, marca un tono discordante. Sin embargo, esto no impide que el libro revele información valiosa con datos de la historia local, que en su momento me dio otros ojos para reconocer y comprender el movimiento de la ciudad donde crecí. El progreso exige mirar hacia adelante, pero la vida se teje en el entorno inmediato; y esa fue una de las lecciones que esta obra me dejó.

Mucho antes de descubrir a Michel de Montaigne, Alfonso Reyes o Jorge Luis Borges, el ensayo llegó a mí gracias a los libros de Picón Salas. Por suerte, este encuentro no respondía a ninguna obligación académica sino al entusiasmo y recomendación del encargado de una de las salas de la Biblioteca Pública Simón Bolívar, lugar donde me formé como lector. Al

principio, ante un modo de escritura inédita, fui reconociendo rasgos que luego confirmé en otros grandes ensayistas: la escritura como un acto del pensamiento, el ritmo marcado por la respiración de las ideas, los contrastes enfrentados, la visión multifacética de lo que atendía, la ambición documental y la imaginación conducida, nunca con un punto final o con un centro fijo sino con la multiplicación del mismo. Aquella primera lectura, no solo me presentó una realidad desvanecida ante la marcha del tiempo, sino también una ciudad y una cultura inexploradas, como un río que llegaba a mi presente apoyado en un género literario que me daría muchas revelaciones a lo largo de mi vida como lector.

Por mi formación como historiador del arte, más adelante leería *Las formas y las visiones* (1985), y por inquietudes existenciales, repasaría las páginas de *Suma de Venezuela* (1966). No soy un especialista en Picón Salas, pero sí un lector agradecido ante esa inagotable curiosidad, su vocación de moverse entre distintos registros hasta volverlos indiscernibles y esa indefectible atención a nuestra identidad enmarcada en realidades tan complejas, contradictorias y en constante movimiento.



JUAN NUÑO / ©VASCO SZINETAR

Julio Bolívar

El taller blanco

Nadie sabe cómo se crea un poeta, si *nace o se hace*, preguntas sin respuestas. En el año 1983, Fundarte publicó *El taller blanco*, libro de ensayos de Eugenio Montejo, que, al pasar del tiempo, ha sido leído y releído. Es importante señalar que con el paso de los años se fueron agregando otros ensayos a la obra original, convirtiéndola en uno de los libros más brillantes y encaminadores sobre poesía, de modo que, con tres reediciones en su haber, se fue transformando en un tratado sobre la necesidad, entre otras cosas, de talleres literarios.

Sin abandonar cierto escepticismo, Montejo valoró siempre el método, la disciplina, la presencia de un guía y desde luego la discusión profunda en esos talleres. Además, compartió con el poeta Matthew Arnold una definición de estos talleres como, “la urbanidad literaria”, ello sin dejar de lado la idea huraña y necesaria de que la poesía es “una pasión solitaria”.

Haber logrado reflexionar profundamente a partir de, como él mismo decía, “un simple recuerdo”, nos revela su método de escritura nocturna, el mismo que había heredado del oficio de su padre: mezclar el agua con la levadura, la harina y la sal, trabajo que a diario se hacía en la panadería, un negocio familiar. Reconocer esta influencia que, podríamos llamar doméstica, fue aceptar que había asistido a un taller artesanal que, definitivamente, influyó en su trabajo como poeta. Después de este ensayo, sospechamos, que los poetas y nuevos candidatos a jugar con las palabras, tomaron la decisión de seguir por aquel camino metódico, aquel *taller blanco* donde se creaban los panes diarios, pero también la poesía como el otro alimento. Tal como los panes y su lento proceso de levado, nos hizo comprender cómo es el proceso de construir un poema. Tal vez su poética.

En este ensayo central de la obra en prosa de Montejo, se hace crítica de ciertos puntos de vista, estéticas sobre la poesía como una construcción colectiva. Nos recuerda aquello que Lautreamont afirmaba: “la poesía debe ser hecha por todos”. Idea que germinó en algunos talleres, grupos literarios y demás movimientos artísticos.

Montejo nos recuerda que la poesía siempre tiene un lado artesanal, como la modesta labor de los orfebres. Humildad y silencio ante la exigencia de una obra que siempre será una constante borradora. Crecer lentamente, como el aire en la masa levada del pan diario, del pensamiento y del poema.

Katherine Chacón

Tuve la inmensa fortuna de “descubrir” el ensayo de la mano de Guillermo Sucre, cuando –siendo yo estudiante de la Escuela de Artes de la UCV– generosamente me permitió asistir como oyente a sus míticas clases de la Escuela de Letras.

Pero mi buena estrella literaria me reservaba otras bondades. Trabajaba yo en el Museo de Bellas Artes cuando conocí a uno de los más descolantes discípulos de Sucre: Cristian Álvarez, un joven que, aunque graduado de Urbanismo, ejercía como jefe de publicaciones del museo. Corrigiendo mis textos con la respetuosa técnica de la lectura confrontada, Cristian no solo me introdujo en el difícil arte de editar –digamos, técnicamente– el tejido que forman las palabras, sus pausas y entonaciones, sino que me animó a afinar lo que se quiere decir, y a cómo decirlo de una forma bella y propia. Poco después me invitó a colaborar en una tarea editorial que estaba realizando. Se trataba de la Biblioteca Mariano Picón Salas de Monte Ávila Editores, una serie de libros que, bajo el cuidado de Guillermo Sucre, reunirían y analizarían la vasta obra del insigne ensayista merideño.

Cristian estaba a cargo de establecer los textos definitivos, tras cotejar



JOSÉ BALZA / ©VASCO SZINETAR

Juan Carlos Santaella

El ensayista desaparecido

La última vez que supe de su existencia fue el 15 de septiembre del año pasado. Lo conocí en un taller que entonces yo había dictado, con relativo éxito, sobre la escritura de no ficción. Aún recuerdo su enorme interés sobre los aspectos técnicos y escriturales que caracterizan al ensayo, la crónica periodística, la biografía y demás géneros. Supe, luego, que vivía en San Antonio de los Altos y que alguna vez ejerció como psicólogo, dedicándose, más tarde y con particular esmero, a la política. Era, sin duda, un inteligente anarquista, convencido y en eterna disputa con todos los factores de poder. Inferí, sin que él lo declarara de forma abierta, un profundo malestar y franca disidencia relacionado con esquemas de subyugación y autoritarismo. En consecuencia, detestaba cualquier régimen político que pretendiera usurpar la libertad de pensamiento.

En aquel momento singular, me llamé mucho la atención el hecho de que ya había publicado tres libros excelentemente escritos: *La supresión*, el cual es un largo ensayo sobre los límites de la existencia, editado en el 2018; luego vendría, en 2022, un magistral estudio titulado *Después del fin de la cultura*, cuya audaz tesis explora los diversos escenarios del hiperconsumo cultural y sus efectos en la banalización del auténtico hecho creativo, sus expresiones legítimas y su desapego de las últimas tecnologías de la comunicación. Creo re-

cordar, a tales efectos, que detestaba, sin reservas, a las llamadas “redes sociales” y, desde luego, a todo lo manifestado en lo que se podría llamar el “populismo cultural”. Luego vendría, en 2023, su último libro intitulado *La revolución de los idiotas*, cuyo contenido se centra específicamente en los terribles alcances sociales y mentales que lograron ejercer en las masas las revoluciones comunistas y también, por supuesto, la presencia constante de algunas dictaduras camufladas de democracias representativas.

En el año 2024 tuve la oportunidad de conversar con él brevemente quizá dos o tres veces. Era obvio que se había comprometido con las huestes de la oposición dictando talleres de naturaleza política y demás lineamientos teóricos. Debo admitir que su enorme capacidad intelectual, sumada a una clara expresividad pedagógica, le hizo mucho bien a la principal coalición opositora. Francisco Castillo Lander o “Paco”, como se le acostumbraba a llamar, desapareció ese 15 de septiembre. Al parecer salió una tarde rumbo a la Universidad Central y no retornó a su casa más nunca. El relato señala que se trató de una desaparición forzada. Otros afirman que fue asesinado y los más optimistas indican que huyó del país sin decir nada. De cualquier manera, Francisco Castillo Lander, vivo o muerto, nos ha dejado una obra imprescindible para la literatura y el ensayo venezolano.

diversas versiones y ediciones, y de redactar notas explicativas que requerían un hondo conocimiento del pensamiento de Picón Salas. En el fresco patio de una tradicional casa de La Florida, nos reuníamos algunas tardes. Yo colaboraba leyendo la versión de un texto, mientras Cristian leía otra, contrastándolas y tomando notas. ¡Qué apacibles tardes, tan caraqueñas... y tan llenas de un sincero amor por el ensayo, y una profunda admiración por Picón Salas!

Esas tardes fueron tremendamente formativas para mí. Leer a Picón Salas guiada por este descolante joven sabio fue asomarme, de primera mano, a lo que casi una década después, él desarrollaría con rigor y sensibilidad en su libro *La “varia lección” de Mariano Picón Salas: la conciencia como primera libertad*. En él, Cristian ofrece una lectura que ubica a Picón Salas dentro una tradición que concibe el ensayo como una forma abierta de pensamiento, que articula experiencias, dudas, intuiciones y reflexiones, sin buscar respuestas definitivas, sino iluminar los contornos movidos de la experiencia humana.

Para Picón Salas –y también para Cristian– el ensayo tiene a la conciencia como núcleo vital. Pero ¿qué es la conciencia? ¿Y cómo se manifiesta

en la escritura? Es un espacio interior, irreductible y preideológico, de discernimiento; es el centro ético del ser, surgido de la atención y del cuidado en el vivir y, por supuesto, en el pensar. Una de las enseñanzas más valiosas que recibí de Cristian y de su *varia lección* fue justamente este ejercicio del buen pensar, del profundizar en las ideas, pero yendo a la raíz de lo humano, evitando la intelectualidad superficial que, a la larga, conduce al vacío. Entendí que lo ético y lo estético están íntimamente relacionados, y que, como eje del humanismo, la conciencia es un antídoto contra el cinismo. Su libro no solo revisita una obra central de nuestro pensamiento crítico, sino que propone, a través de ella, una pedagogía del pensar: leer bien, escribir con atención, vivir con conciencia. En tiempos de prisa, ruido y dispersión, esa lección sigue siendo un acto de verdadera rebeldía y amor.

Como ocurre con todo buen maestro, aún conservo algunas frases dichas por Cristian como brújulas para el hacer y el pensar. Recibí con inmensa alegría su incorporación como miembro de la Academia Venezolana de la Lengua en 2024, porque no solo es un gran lector, un lúcido ensayista y un maestro ejemplar, sino también un hombre bueno.

Juan Luis Landaeta

Ensayo y sonido de José Balza

Nadie regresa a salvo de una buena canción. De hecho, es probable que procuremos vivir (acaso incluso forzar) experiencias que se adecuen con su tema, intentando justificar el profundo impacto que esa melodía, o esos versos han causado en nosotros. No en vano, dice Balza en sus *elaboraciones literarias*: “... nuestras vidas son letras que forman sus palabras y frases a medida que existimos o recordamos”

Publicado en 2015 por El Estilete, esta colección de textos atraviesa un itinerario personal (más que nacional) que comprende géneros, letras y escenarios. Desde el fenómeno de la Cantata Criolla de Antonio Estévez, pasa al bolero de cama o cuna, ofrece sus “Notas en Cali”, acelera entre Chavela Vargas, Harry Belafonte, Serrat, Alfredo Sadel, pasa por el conservatorio europeo y suma su discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua. La prosa y la destreza son las mismas, solo cambian los hitos donde reposa para que leamos, para que escuchemos.

Decía Sergio Chejfec que los músicos podían prescindir del llamado oído musical, más no así los escritores. Balza nos hace escuchar lo que

escribe y lo que alude. En la lectura de estos ensayos descubrí una herencia descomunal de música que se había hecho en mi propio idioma y que desconocía hasta entonces. Llegué a sentir que cada párrafo me ofrecía una dicha y me obligaba a un descubrimiento, un tono, un falsete, una clave que sería parte de mi vida y que de mí solo reclamaba que la escuchara. Fue el caso de los *Carmina Burana* según Clemenci, a los que llegué gracias al ensayo “El gran Pedro Liendo”.

Es verdad que estos ensayos están atravesados por abundantes referencias, pero Balza las acerca venciendo la solemnidad muchas veces impenetrable de la partitura. La música es un hecho estético, pero también social. Se puede cantar sin saber leer o escribir. Tenemos canciones favoritas de las que no sabemos lo que dicen. El maestro nos recuerda que la música también propone otra relación con el espacio y allí vamos nosotros con ella. No tiene tiempo sino *tempo*. Vence la edad, las épocas y claro, la muerte. En sus propias palabras, la música “escribe los sonidos del hombre”, yo creo que es algo que arrancamos a la naturaleza. Nos precede y nos sucederá.

Karl Krispin

Los malos salvajes de Picón Salas

Los malos salvajes (Sudamericana, 1962) es una obra básicamente olvidada y escasamente citada de Mariano Picón Salas. Ni siquiera la extraordinaria biografía sobre Picón de Gregory Zambrano la relaciona. La escribió y respiró en París cuando representaba a Venezuela en la Unesco. Arrastra el pesimismo en sus tintas y es acaso un juicio sumario a las conquistas de Occidente, por ello su título desesperanzado. Quizás le parecía a don Mariano que el hombre es de difícil aprendizaje ante las evidencias contundentes de la historia y de allí que su libro comience con un Berlín que resopla con la dificultad de las cenizas esparcidas por el totalitarismo y el “momento en que Frankenstein asesina a sus inventores”. Una de sus marcadas frases lleva el sello del nihilismo: “Amenazamos convertirnos en la especie irredimible: la de los salvajes que fueron civilizados”. Su denuncia continúa en medio de la Ciudad Luz contra las desilusiones y náuseas de Sartre y *madame* de Beauvoir que solicitan que el aprendizaje se traslade a los “cafés de París con su cortejo de gentes excéntricas” donde “lo privado se confunde con lo público” y se “disuelve la vida en zarabanda y frenesí”. No pareció encontrar Picón

Salas otra explicación a estas charlas de Pernod y tabaco sino una antesala a la disolución.

Picón escala en su visión apocalíptica porque sirve un capítulo con noticias del diablo y de Francia. Así como Sábado tiene su descenso a los infiernos en *Sobre héroes y tumbas* publicado en 1961, Picón parece entusiasmarse con los esculpido diabolos románicos y góticos, con la tentación plenipotenciaria del pecado de Brigitte Bardot al borde del suicidio, con la trufa en la ceniza, y con una imagen laberíntica y kafkiana, propuesta por el mismísimo diablo en los pasillos del edificio de la Unesco. Denuncia los valores extraviados en el diccionario de la secta y, a diferencia de Sábado, no culpa a los ciegos sino a los tertulianos del boulevard Montparnasse. Reconoce a los que ya se ganaron el infierno en esta vida e hicieron méritos para ello. El libro merece una visita que transita por Teilhard de Chardin, ofrece denuetos a *Madame Bovary* y a la siempre América Latina, confuso e indescifrable continente intelectualizado por los profesores endemoniados. Algunos quizá lo tilden de reaccionario. Es probable que Picón ya estuviese fatigado de los dramas y antidramas de la civilización.



EUGENIO MONTEJO Y ALEJANDRO ROSSI / ©VASCO SZINETAR